

Fray Lazo

SEMANARIO ANTICLERICAL CORTESMENTE DESVERGONZADO

EDITORIAL REPÚBLICA. Av. Pi y Margall, 18. MADRID

¿QUÉ OPINION INSPIRA A USTED EL ACTO DE LA CONFESION?



Se clama a diario contra los curanderos, que administran medicamentos peligrosos sin previo estudio y sin competencia científica; pero se permite a quienes se llaman representantes de la Divinidad, y que, casi siempre, carecen de una cultura elemental sólida, ejercer en el confesionario una terrible sugestión, que puede provocar fatales perturbaciones patológicas. Se castiga a quien da, en prenda de una obligación, una cosa que no le pertenece o que no existe en realidad, como los tesoros que entregan ciertos sujetos y que no son sino recortes de periódicos; pero se ensalza a quienes hipotecan el Cielo. Se afea la conducta del marido que permite que hable su esposa a través de una reja con un amigo, y se enaltece la grandeza de ánimo de quien tolera que su mujer confíe, en la oscuridad, sus secretos más íntimos y sus conflictos morales más complicados a un hombre celi-

La del recurso consolador y humano de verter en otra alma la tortura interior, eficaz y respetable si la cultura religiosa lo mantiene en sus límites de auto-reposo; peligroso y político si la incultura religiosa y el ansia de poder, trascienden la órbita de la discreción, haciendo del confesionario el arma de invasión de las conciencias.



Pere Calafon

, sediento de goces sexuales por ineludible mandato de la naturaleza.

Tienen, en verdad, los partidarios de la confesión una idea mezquina de la Ciencia, de la Familia, del Derecho y de la conciencia religiosa. Merecen, ciertamente, los guías que han elegido en este valle de estupideces y de lágrimas.

Antoni Gargaya

No puedo decir—como quisiera—que no me he confesado nunca, porque fui durante cuatro años alumno de los jesuitas. Pero precisamente en mi colegio de jesuitas aprendí a aborrecer el confesionario.

Todos, aun los más misántropos, aun los más escépticos, sentimos la necesidad de comunicarnos, de confesarnos... ¿Qué hicieron San Agustín, Rousseau y Amiel en sus obras famosas, sino confesarse en público? ¿Y quién no se confiesa algu-

na vez ante un amigo o... una amiga? Es el "ansia de salirse del yo", de que nos habla Pascal.

Estas confesiones son las únicas que comprendo. Y las únicas que no ofenden la dignidad del hombre. La confesión ante el cura es uno de los aspectos del servicio de espionaje del Estado-Iglesia.

Alberto Rusier



La teoría religiosa de la confesión es bella, acusa grandeza moral. Un espíritu que se inclina misteriosamente hacia otro, revelándole las más temblorosas dudas y flaquezas, en demanda de consejo que fortalezca su virtud. Mas la práctica de los confesorios es muy otra. Para que se conservase todo su grandor sería necesario que en la extraña garita, envuelta en las tinieblas de una iglesia, se encerrase un dios. Y como ello no es posible, sino que, por lo general, al otro lado de la rejilla se aposenta un ser humano, a veces demasiado humano, la pura idea religiosa degenera en algo profundamente inmoral: en la instauración de una esclavitud de conciencias que sirve para todo, hasta para las más bajas explotaciones.

Mas estas degeneraciones no nos llevan a dejar de admirar el principio puro. Uno de los actos en que más puede expresarse la elevación moral del hombre es en la capacidad de plena intimidad espiritual entre dos seres a los que la amistad o el amor pueden llevar a que entre ellos no haya ni la sombra de un secreto. Mas la confesión ritual, ante una cara desconocida que acecha en la penumbra y que lo mismo puede ser ángel que leopardo, es, como ha acontecido en casi todos los ritos, la degradación y la pervisión de lo que la confesión tiene de bello y admirable.

Biblioteca de la Universidad de Madrid



Fray Lazo

Año I 20 de Agosto de 1931 Núm. 2

El proyecto de Constitución contra la libertad personal

Cuanto a los derechos individuales, hay dos tipos de Constitución. Uno, el de las que los garantizan; otras, las que simulan garantizarlos. A la segunda clase pertenecen: la monárquica de 1869, su empeoradora la canovista de 1876 y... la republicana de 1931, si es que no lo remedia el Corazón de Jesús, tan emblema nacional ahora como antes de abril. Si hay quien ponga en duda que la Constitución de D. Niceto será muy semejante a la de D. Antonio, con todo y ser ésta una calamidad, examine el proyecto zurcido por la Comisión parlamentaria. ¡Gentil obra de arte!

No entremos, por ahora, en el examen de los tranquilos, puramente canovistas, con que se aparenta reconocer derechos en el texto constitucional. La fórmula burlesca es siempre la misma. Primero, una solemne afirmación; en seguida, la sofisticación: "en la forma que determinarán las leyes". He aquí un ejemplo. "Art. 23. El derecho a emigrar o inmigrar queda reconocido y no está sujeto a más limitaciones que las que establezca la ley." Total: una redacción deplorable y un derecho inexistente.

Peor es aún lo que acontece tocante al derecho de ser libre, principalísimo entre los personales. El proyecto de hoy hace bueno, en definitiva, al ciempiés de Cánovas. Porque suprime, de un plumazo, la quizás única garantía sería que dejó el funesto malagueño a los padecedores del omnipotente mandarismo español, invariable hasta la fecha en multitud de aspectos.

Los autores del profuso y confuso proyecto de ahora (hablamos de lo concerniente al Título II) recogen, sí, casi a la letra, en su artículo 22, el texto del número 4 canovista. Y hasta mejoran el primer párrafo. Dicen—pensando en el escándalo de las detenciones gubernativas, tan floreciente hoy como antes—: "Nadie podrá ser detenido, ni preso, sino por causa de delito", cosa mucho más explícita que el antiguo: "en los casos y en la forma que las leyes prescriben". Y a continuación reproducen el resto del artículo, sin omitir aquello, tan escarnecido ayer como en el día de hoy: "Todo detenido será puesto en libertad o entregado a la autoridad judicial dentro de las veinticuatro horas siguientes al acto de la detención". Pero...

Pero si quieren de verdad garantizar el imperio del "hábeas corpus", ¿por qué suprimen de cuajo el artículo 5.º canovista? No lo entendemos. Que aun violado y escarnecido continua-

mente, este artículo 5.º constituía la sola defensa real del ciudadano contra los, por lo visto, indestructibles desafueros de los mandarines.

Con el escamoteo inexplicable de tal norma justiciera, el proyecto de Constitución de 1931 empeora no poco el orden jurídico creado por la Constitución de 1876, como ésta supo empeorar en tantas cosas el establecimiento por la de 1869. Progresamos a uso de cangrejo. Y para que no se nos tilde de visionarios, he aquí la minucia que los señores de la Comisión han eliminado bonitamente.

"Artículo 5.º Ningún español podrá ser preso sino en virtud de mandamiento de juez competente.

"El auto en que se haya dictado el mandamiento se ratificará o repondrá, oído el presunto reo, dentro de las setenta y dos horas siguientes al acto de la prisión.

"Toda persona detenida o presa sin las formalidades legales, o fuera de los casos previstos en la Constitución y las leyes, será puesta en libertad a petición suya o de cualquier español. La ley determinará la forma de proceder sumariamente en este caso."

¿Por qué regla de tres se ha suprimido esto, que no debe ni puede faltar en la brozosa Constitución que se está adobando? ¿No es justísimo que sólo se prenda a un español por mandamiento de juez competente? Dígalo el proceder de ciertas autoridades, que ven delito hasta en lo de pasearse unos españoles por la Moncloa. ¿No es archijusto que sea oído un ciudadano antes de que se le procese? ¿No es necesario que cualquiera víctima de una arbitrariedad—en estos tiempos de atestados policiacos increíbles—obtenga la libertad a petición propia o de cualquier español? ¿No es republicano que se imponga la necesidad de proceder sumariamente en caso de atropello?

La supresión no tiene disculpa. Y menos considerando que aquí jamás estuvieron garantidos, en su forma primaria, los derechos individuales. ¡Si ese es el gran problema español! ¡Si la libertad del individuo no es más que letra muerta! Por ello, en vez de suprimir injustificada, iliberalmente, garantías del derecho a ser libre, lo necesario es reforzarlas, amparar a los españoles contra todos los que, por el hecho de ejercer determinadas funciones gubernativas, creen lícito disponer a su antojo de la libertad ajena...

No basta, no, que se declare responsables de detención ilegal a los que vulneren el nuevo artículo 22. La res-



—Y su jefe, el conde de Romanones, ¿qué hace?
—Nada, señora.
—Nada... procurando guardar la ropa.

pensabilidad era, y continúa siendo, lamentable monserga. Tanto, que, pese a todas las leyes habidas y por haber, los Tribunales aplicaron el Código delictivo de los Galos, sin que a nadie, sino a los reos, le sobreviniese daño por ello. Tanto, que aun hoy, con República, continúa empleándose disposiciones complementarias del Código de Galo Ponte, pese a proseguir detenido el tal don Galo. Y tantísimo, que a los ayudadores de la Dictadura en la cruzada contra los derechos individuales, sobre no decirseles después una palabra, se los agasajó con altas prebendas de la Justicia republicana presente.

Es preciso cerrar la callejuela que se añadió a las varias por donde puede irse contra la libertad individual. Un Parlamento republicano, si quiere merecer dicho nombre, no puede ni debe consentir que se reduzcan aún más las endeble garantías que se otorgaban a la libertad de la persona. Fuera vergonzoso—así como suena, vergonzoso—que la República negase lo que otorgó, ¡¡desde 1876!! la Monarquía de los Borbones. Y se nos antoja que ya tienen sobre sí demasiados sambenitos estas Cortes alabarderas para que les agreguen otro nuevo y más reprensible.

Augusto Tirero



LA MEJOR CATEDRA

—¿Cuántos son los mandamientos de la ley de Dios?—preguntaba días pasados un cura a un joven que estaba en visperas de casarse.

—¡Hombre, eso según el sexo a que usted se refiera!

—¿Qué barbaridad!

—Nada de eso, padre. Para los hombres son diez y para las mujeres nueve, porque en ellas no entra lo de "no desear la mujer de tu prójimo."

—Te diré, hijo, te diré... Hay mujeres...

EL REINADO DE CRISTO

«Mi reino no es de este mundo...»
(Palabras de Jesús.)

Una limosna.

Retiróse discretamente el familiar con la salutación de rúbrica:

—“Dominus tecum”.

Suavemente, como abstraído, replicó el pupurado:

—“Et cum spiritu tuo”.

Y, tras de contemplar un buen rato las paganas figuras del tapiz—donde el casco de Héctor tocaba los muros troyanos—penetró, abismado, en la alcoba. Llegaban, por entre las persianas entreabiertas, aromas del jardín

vecino, repiques de tranvías, bocanadas de “autos”. Un grupo de gallegos pasó, coreando la gaita:

*A coger el trébole,
el trébole,
el trébole...*

Paseó los hábitos por la estancia, en desasosiego melancólico. Fué a la mesa de noche, donde, entre otros libros, halló la “Apología de los gentiles”. Tomólo y, continuando sus paseos, lo abrió por el capítulo que reza: “Qué ocasión tuvo la caída de Tertuliano”.

Subióse las gafas a la frente, pegó el rostro al volumen, ensayó leer. Pero, aunque ya lejano, atrájole el grupo callejero:

*A coger el trébole,
el trébole,
el trébole;
a coger el trébole
la noche de San Juan...*

Libro en mano, acechó tras la persiana a que cesase el canto, que le distraía. Y en el punto en que se extinguió, entre bárbaros “alaláes”, un tranvía detúvose frente a la ventana.

Escrutaba el cardenal el vehículo, donde una dama, al descender, inclinóse sobre un mendigo. El cual, levantando los brazos, pronunció una sarta de lástimas. Vió el pupurado que la dama, abriendo el bolso, dió su limosna al ped'güño. Escuchó la voz dolorida, en gratitud:

—Dios se lo pague, hermana.

—¡Hermana!—suspiro el cardenal.

Y mientras se alejaba el tranvía, como un rayo, el cardenal, estremecido, repitió, como un “kirie”:

—¡Hermana! ¡Hermana!...

Después, tornando al libro, leyó:

“San Jerónimo atribuye esta caída a un despecho que Tertuliano tuvo por las afrentas que envidiosamente le hicieron los clérigos de Roma.”

Cuando el cardenal, según costumbre, santiguóse devotamente para dormir, el “Sed libera nos a malo” fué seguido de estas palabras-claves:

—¡Roma! ¡Hermana!...

Proclamación del Ebionismo

Sonaba el pupurado que un día, hallándose dispuesto para cabildo, llegó, trémulo y pálido, el señor deán. Quién, sin poder hablar, de emoción, mostróle un oficio, sellado con las armas pontificales.

Hubo un tumulto de canónigos, espantados; de familiares, mudos de estupor. ¡El oficio era apócrifo! ¡El oficio tenía que ser apócrifo!

Mas el señor deán, repuesto, aportó testimonios irrecusables. Telegramas, periódicos, el propio alcalde, el pueblo todo, congregateado en la plaza, daban fe de autenticidad al papal documento.

Su Santidad, por dones revelados, restablecía el Ebionismo hebreo, la Iglesia primitiva y pobre, la doctrina purísima de Jesús.

Desde la decisión pontifical—tomada por aclamación del Conclave, en una hora de asombro para la Teología y de estupor para la Historia—, el Papa había dejado el Vaticano. Y tras congregarse al Sacro Colegio entre unos olivares de profecía, bajo un diáfano



—¡Por mucho que secularice don Marcelino, mientras nosotros podamos actuar, su conciencia será nuestra!

cielo de parábola, había repetido, con el Príncipe cananeo:

—“Toma tus bienes y dáslos a los pobres.”

Volvían, pues, los bellos días líricos del patriarcado de la Iglesia, el cielo cordial de Tiberiades y del Sermón de la Montaña, las rutas evangélicas de Pablo y Bernabé... Renacía la immaculada era de los Clímacos y Basilio, de todos los secretos espirituales, de todos los bálsamos. Y un aroma pascual evocaba días de ofrenda, arrullos de palomas de resurrección.

Abrióse el alma del prelado como una rosa en el rosal: lozana, generosa, fragante. Y viéndolo al deán atónito, a los canónigos tan abatidos, a los familiares tan tristes, improvisó una plática de “¡Aleluia!”, victoriosa, lírica y noble, como el canto de Débora:

—“¡Magnificat, anima mea!” (¡Alegrate, alma mía!)

El divino inventario.

Fué un ritual extraño, una liturgia desbordante y conmovedora. Fué el oficiar de un corazón apostólico despojándose de atavíos farisaicos.



Maciá, el buen director.

(De L'Esquella de la Terra.)

Primero, el inventario de los ornamentos y alhajas. Leídos que eran por el deán los objetos y el precio de tasación, el purpurado, como un "ora pro nobis", iba diciendo a cada entrega:

—Para los pobres... Como manda Nuestro Señor...

Vino después el inventario de los bienes muebles e inmuebles. Todo el Cabildo enumeró palacios y monasterios, campos y huertas, aquel inmenso latifundio episcopal. Y a cada edificio, a cada predio, el prelado, inefable, y el coro, litúrgico, iban diciendo, como antes:

—Para los pobres... Como manda Nuestro Señor...

En acabando la tarea, el cardenal, a ejemplo del Pontífice, dispuso que el Cabildo en pleno se congregase al aire libre, en un evangelismo cristiano. Y ante los canónigos en círculo —sobre motivos de un pastor que llevaba sus cabras al río, de una banda de golondrinas que pasó rozando las aguas— el prelado, glosando a Jesús, requirióles paternalmente:

—“Id y corred la Tierra y predicad la buena nueva entre los hombres...”

Y fueron... Cada cual por su ruta, humildes y sencillos, como los apóstoles. Y él quedó, como el Maestro, solo y maravillado ante aquel templo de los campos; ante aquel sol, que, rutilante, como una custodia, daba su comunión a las aves como a los hombres...

La Iglesia de los pobres era la Iglesia de Jesús. Ahora, Cristo, sin púrpuras ni tiaras, volvería a reinar en los corazones y a llenar la Tierra. Todo el odio sectario concitado contra el palacio de San Pedro se trocaría en efusión cordial ante el pesebre de Belén. Y Lutero, heresiarca contra la opulencia, depondría su actitud ante Roma, pobre.

El Vaticano, sin zuavos ni encíclicas, sin guardias nobles y sin Índice, era la tolerancia, la humildad, el “Tu est Petrus”, de túnica y sandalias. “¡Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!” Y así, loando a Dios, bendiciendo a los pobres que Dios bendice, durmióse el cardenal, como un justo.

Sueño de sueños.

Despertáronle unos muchachos que arrastraban un can al río. Surgió el prelado ante ellos, en fervor de Asís, disuadiéndolos con ternura y lágrimas. Mas hubo de quedar atónito oyéndolos gritar, mientras le señalaban: “¡El loco! ¡El loco!”, y viéndolo que dejaban al can y se alejaban más que volando.

Meditando quedaba sobre el cómo y porqué de loco le tenían, cuando acertó a pasar un coche, gobernado de recias mulas, y dentro de él, con pectoral y anillo, el propio deán y un canónigo. Creyó entonces estar loco de veras. Helósele la sangre al oír que los del coche, echando medio cuerpo fuera, zarandeaban a los del pescante:

✕

—Por Dios, corred, que se ha escapado del manicomio.

Quieto, aguardó a que lo apresaran. Y a la hora del anochecer, tornaba a una celda donde no recordaba haber estado jamás...

Sonaban los ruidos de la calle. Repiques de tranvías, bocinas de “autos”... Penetró el joven familiar, abriendo la ventana sin contemplaciones. Incorporóse el purpurado entre sudores fríos. Y respondiendo suavemente al “Dominus tecum”, echó mano del libro de la “Apología”.

Mientras el familiar, risueño, hubo de darle piña por el servicio, marcado a las diez, el prelado leyó en el docto volumen:

“Y si no puedes refrenar la lengua, medicina tu boca con las habas delficas o con el silencio de Pitágoras.”

Por las ventanas entra, libre, una música de charangas. La multitud, apretujándose, aguarda la salida del prelado y da vivas a Cristo Rey. El familiar pondera la enorme expectación del pueblo. Y el purpurado, cerrando tristemente los ojos, murmura, con desolación infinita:

—¡Señor!... ¡Señor!...

Cristóbal de Castro



Libertad de enseñanza

La libertad de enseñanza es un principio de derecho público, fundado en los principios elementales del derecho natural.

Definamos:

Libertad de enseñanza quiere decir que todo puede enseñarse.

Apliquemos:

Los enfermos enseñan la lengua.

Ciertas señoras enseñan los brazos desnudos y una considerable parte de los costados.

Los jesuitas enseñan a mentir.

Los ministros monárquicos, que se dicen republicanos, sin darse cuenta enseñan la oreja... monárquica.

Indalecio Prieto enseña que cualquier ciudadano, por tonto que sea, puede ser ministro de Hacienda, si le dejan.

La República enseña que todos los españoles eran republicanos “de toda la vida”, aunque casi todos se decían monárquicos en la monarquía.

Excepción única:

Casares Quiroga, que no enseña ni nada, porque ni esto sabe: nadar.



LOS MINISTROS EN EL RESTAURANT NACIONAL

El camarero.—¿Los señores van a comer en mesa aparte?
Los parroquianos.—No. Seguimos comiendo en la mesa redonda.

La cuestión clerical, ¡al fin!, llegó al Parlamento

Antonio de la Villa ha hecho un debut parlamentario digno de sus antecedentes de republicano y de anticlerical.

Sirviéndose de su destreza de gran periodista, con suavidad, y hasta con gracejo, ha iniciado en el Parlamento constituyente una de las cuestiones trascendentales en que los diputados, si no quieren merecer el desdén del país ahora y la anatematización de la Historia mañana, habrán de entender y resolver la cuestión religiosa.

Poseído y jaqueador, el ministro de la Gobernación acudió, no obstante, hasta donde la intención de Villa le arrastró. A tiempo que el ministro interpelado negaba al diputado interpellante derecho a penetrar en su conciencia, candorosamente la descubría... Este Maura de ahora no desmiente su entronque clerical con el Maura de antes.

El descubrimiento, que deberá tenerse en cuenta para acometidas futuras, es un servicio que el espíritu anticlerical de España debe a Antonio de la Villa. No será, de seguro, el último. Porque Villa es anticlerical por temperamento y por convencimiento, y lo demostrará muchas veces en el Parlamento, donde, por desgracia, los Villas son mucho menos abundantes que los aldeas...

INVENTO trascendental para los SORDOS

GAFAS AUDITIVAS. Eficacia absoluta, sin ruidos secundarios, sin electricidad. Los sordos oyen clarísimamente. Los de oído normal oyen a mayor distancia (cinco veces más lejos). Cómodo, elegante. Pida folleto enviando franqueo 50 céntimos sellos a FONETICA. 331 APARTADO CORREOS, 331. SEVILLA.

El fabricante de Papas

Don Miguel Maura, radiografiado

LO SENTIRE

Presenta este título cierta anfibología.

Puede tratarse de un hombre que fríe o guisa patatas. Puede creerse que se trata de cualquier autor de los más aplaudidos en esos escenarios de Dios. Pero a quien se refiere verdaderamente es a un individuo que se dedicaba a cierta industria bastante original.

¡Hay tantas industrias en la vida! Yo, desde que sé que existí, quien expende patentes de poeta, para uso en provincias, a cinco pesetas un mes con otro, creo ya que se puede sacar dinero de cualquier cosa.

Pues el fabricante a que el título se refiere, era un hombre que andaba por las calles de Roma pregando su habilidad y haciendo estragos en el corazón y en otras partes sensibles de las señoras de la Ciudad Eterna.

—¡Se hacen Papas, se hacen Papas y cardenales!

Claro que esto último ofrece también su anfibología; pero las romanas caprichosas sabían que se refería no a unos briosos puñetazos, sino a la fabricación de individuos del Sacro Colegio. Y a tal pregón, una joven del lado acá del Tíber no pudo por menos de llamar al voceador para enterarse del procedimiento.

—¡Eh, buen hombre, venga usted acá!

—Allá voy, parroquiana.

—¿Conque usted es el que hace Papas?

—Sí, señora; unos Papas preciosos y por poco dinero—contestó el aludido, haciendo su artículo—. ¿Quiere usted un Benedicto, o prefiere usted un Gregorio? Inocencios, no me queda ninguno. Tengo un Clemente muy barato; Juanes, ya no se estilan; Leones, son muy fieros; Pios, resultan ordinarios... Y si no quiere usted gastar mucho, mire usted qué modelo de cardenal tan mono.

La romana se corrió inmediatamente sólo de pensar que iba a tener en su casa un cardenalito tan coloradito y tan rico. Entraron la señora y el fabricante en un aposento de los más reservados, y tan satisfecha debió quedar, que cuando el hacedor de Pontífices y purpurados la hizo saber el precio de diez escudos por su trabajo, ella no pudo por menos de decirle mientras le daba veinte escudos:

—Toma el doble y hazme otro cardenal. Quiero tener una pareja.

Pedro de Répide



Aunque el ministro de la Gobernación, según ha dicho en el Parlamento, está decidido a impedir que se penetre en su conciencia, nuestro compañero "Bluff", sometiéndole al revelador procedimiento de la radiografía, ha podido descubrir—y ahora muestra a los lectores—todo lo que el Sr. Maura lleva dentro.

Como se ve, el análisis muestra: en el cerebro, la estrella de Venus y una ametralladora; en la garganta, una bomba de reloj; en el corazón, un bonete; al lado derecho, una navaja barbera; en el pecho, un cañón; en el estómago, una botella, cuyo contenido no puede precisarse; en cada brazo, un puñal; en la pierna izquierda, otros dos puñales cruzados, y en la pierna derecha, una baraja y unos dados, lo que parece indicar que en algún tiempo al Sr. Maura le han entretenido los juegos de azar.

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
Pedro Closas
Artículos para las Artes Gráficas

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21

Barcelona

Aunque eternamente he sido un radical convencido,

la quema de los conventos me hará lanzar mil lamentos.

Y empaparé mil esponjas en lágrimas de las monjas.

¿Que por qué, lector piadoso?... Pues porque soy muy goloso.

Y son las madres y hermanas cocineras soberanas.

¿Qué bollo tan excelente hacen las de San Vicente!

¿Qué yemas tienen tan ricas las hermanas Dominicas!

¿Qué bien hacen las Oblatas las tortillas con patatas!

¿Cómo ponen el conejo las madres de San Alejo!

Qué dulces saben las fresas de las monjitas Salesas!

¿Qué peras hacen tan finas las hermanas Ursulinas!

¿Qué huevos moles tan gratos baten las Paulas a ratos!

¿Qué bien sabe la arropía de las siervas de María!

¿Cómo endulzan el melón las del Sacro Corazón!

¿Qué mermelada tan sana hace, en Loreto, Sor Juana!

¿Qué guindas, dulces y lisas, tienen las monjas Clarisas!

¡Y qué castañas glacés tienen las de Leganés!

Por eso no estoy contento con la quema del convento,

que cierra, traidora y dura, el paso a la confitura!

Y hace que en tales hogueras se quemen yemas y peras.

Que son manjares sutiles de los conventos monjiles.

Luis de Tapia



Jaén y los cerros de Ubeda

¿Se acuerdan ustedes de aquel simpático Sr. Jaén que se dejó quemar en Málaga, siendo gobernador, algún que otro convento? Pues dicho ex gobernador de la difunta Derecha nicetista "no recata—dice "Crisol"—la, a su juicio, evidente responsabilidad contraída por el anterior gobernador de Sevilla, Sr. Montaner", ya que "durante su actuación está probado que se formaron en la capital andaluza gran número de sociedades de destacada significación sindicalista y anarquista..."

¡Por Dios y el nuncio, hermano Niceto! Enseñe a Jaén a no meterse en Honduras. ¡Que no dispare, hermano, y lea la ley de Asociaciones! ¡Que no diga cosas así llamándose republicano! ¡Porque no está bien que la gente se nos ría del partido, Niceto del alma!

EL ESCAPULARIO

El que no ha conocido a la Rosa, no ha conocido a la moza más guapa de Ricla. Fresca como una lechuga, coloradota como una manzana, y con unas exuberancias a la altura del corazón capaces de encender y espesar la sangre del mozo más linfático de la comarca.

Y a Mariano, que la sangre le bullía en las venas con el ardor de los veinticinco años, se le metió en la cabeza conseguir a la Rosa; y cuando a uno de Ricla se le mete una cosa en la "caeza", o se sale con la suya o no es de Ricla.

Mariano estaba loco por la muchacha, y a ella parecía que no le desagradaba el mozo; pero nunca había pasado de pareceres el ardiente deseo que a los dos les animaba.

Al mediar las faenas de la parva y en la hora calurosa del descanso, la Rosa dormía todas las tardes la siesta en el pajar. Mariano, que acechaba sus movimientos, se enteró en seguida y se propuso sorprenderla y "espetala" en tal ocasión su atrevido pensamiento, que, como supondrán mis lectores, era maquiavélico.

Y dicho y hecho.

Una tarde, mientras los demás trabajadores dormían panza arriba a la sombra de unos nogales que había junto a la era, Mariano, como el que no quiere la cosa, se escurrió por la escalerilla del pajar, cerrando la puerta apenas entró.

En un rinconcito oscuro del pajar y tendida en el "blando lecho" se hallaba la Rosa, dormida, en una actitud de despreocupación tal que demostraba a las claras la seguridad de que no habían de verla.

Abierta descuidadamente la blusilla, subidas las faldas en desorden. El cuadro era de tan eró realidad, que, al contemplarlo, sintió el pobre Mariano que toda la sangre le afluía a la cabeza.

—¡"Ahura" o nunca!—dijo el mozo.

Y se acercó tembloroso. Llegó al lado de la Rosa, se arrodilló y, muy "despacico pa no despertala", le dió un beso entre los labios, de tal modo ardientes que al mozo le supo



LA BONDAD DE LA TELEFONICA

Aquí, y en el mundo entero,
"poderoso caballero es Don Dinero".
(De L'Esquella de la Torratxa.)

"metá" a caramelo y "metá" a guindilla.

De pronto se fijó en el pecho de su amada y vió, sobre sus carnes blanquísimas, un escapulario de la Virgen del Pilar.

Mariano era muy hombre..., pero era muy aragonés, y la adoración a su patrona era... como la de todos sus paisanos.

De tal manera le infundió respeto la imagen santa, al verla acercarse y alejarse alternativamente de su vista, impulsada por la anhelante respiración de Rosa, que tuvo miedo... Miedo a su conciencia... Respeto a su devoción... No sé a qué... Pero vaciló.

Se levantó y, muy "despacico pa no despertala", salió del pajar sin que le viesen.

En la era, ya tranquilo, no sentía los amagos de la congestión. La sangre no le bullía en el cerebro y los latidos eran menos violentos.

Lo que no sabe todavía Mariano es que la Rosa se había fingido dormida y que, apenas salió el muchacho, se quitó el escapulario y lo guardó muy escondido, diciendo:

—¡Por si vuelve!

Ramón D'Ors

¡Un Burguete hace ciento!

La noticia parece una broma; pero no lo es.

El general Burguete se ha hecho pacifista y socialista.

Es el caso del diablo harto de carne que se hace fraile.

Porque la vida—¡que son unos años ya, general!—de este distinguido pacifista de ahora, ha estado consagrada toda entera a fomentar la guerra. El inventó granadas rompedoras; él escribió libros que estimularon los instintos bélicos; él... ¡es el general que en el verano del año 17 persiguió en Asturias a los socialistas!

Que se haya hecho socialista... bueno; nos explicamos que se haya hecho socialista. Al fin y al cabo, los socialistas son gubernamentales y están en el Poder. Pero lo de pacifista...

¿Para qué diablos, al cabo de sus antecedentes, ¡y de sus años!, se ofrecerá el simpático general Burguete a la Paz?

¡Como no sea a la paz del sepulcro!



El Sr. Burguete



ENTREACTOS PARLAMENTARIOS

En el salón de conferencias.

—Mire usted qué carta, amigo Basilio. En mi provincia, impacientes porque tarda en arreglarse lo de las relaciones con la Iglesia, han empezado a casarse civilmente.

—¡Hombre, confidencialmente!... Entre casarse y no casarse, éste me parece un término medio bastante confortable.

En un pasillo.

—Las siete menos diez, y a las siete me esperan unos señores para firmar una escritura muy importante.

—Ya sé quiénes son esos señores, amigo Casanueva. ¡Unos jesuitas!

En el despacho de secretarios.

—¡Ese que ha salido es Galarza? Yo no le suponía tan joven, querido Rizo.

—No crea usted... Es que ahora todo el mundo le pone como nuevo.

En el salón de sesiones.

—Oiga, oiga usted, Niembro, lo que dice Alcalá Zamora... Que él lo que ve es que la opinión aplaude al Gobierno.

—Efecto mágico de los cristales de la Presidencia.

MUEBLES

de los más originales estilos.
Comedores, despachos, dormitorios. Fabricación propia

CARRERO

Envío a provincias - Exposición permanente: Barquillo, 15. MADRID

La ciudad comida por el clero

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el presente artículo de D. Ramiro de Maeztu, publicado hace algunos años en el semanario *Vida Nueva*.

Desde entonces, la situación en que tan magistralmente describía a la ciudad de Vitoria el ilustre escritor, no ha variado sino para agravarse, y bien es posible afirmar ahora que, en cuanto hace a la expansión avasalladora de la Iglesia, casi toda España es Vitoria.

Es un infinito clamoreo que aturde y ahoga; mis condiscipulos, mis maestros, mis amigos, mis conocidos no me hablan de otra cosa. Repiten su lenguaje las calles aquietadas, como pasillos de un convento, donde adquieren nuestra voz y nuestros pasos sepulcrales resonancias.

Preguntad por la vieja alegría vitoriana, por aquella alegría "babazorra" que en los mejores tiempos luchaba en las filas progresistas para asentar en las leyes el aire libre de su espíritu; preguntad por ella en los comercios desiertos, en los paseos solitarios, en los teatros cerrados, y no la hallaréis personificada sino en la cara de algún clérigo, orondo y satisfecho, que pasea, envanecido, al sol sus opulentas redondeces.

¡Pobre Vitoria! Quien la hubiera conocido hace veinte años, en los tiempos de aquel Ateneo bullicioso, en el que desde la libertad de cultos a la existencia del alma no quedaba nada humano ni divino que no se analizara y discutiera, y de aquella emprendedora clase media, que sabía crear cien industrias de cartidos, de jabones, de dulces, de naipes, de botones, de hilados, preveía para la coquetona ciudad alavesa un destino más hermoso y más amplio que el de convertirse en una guarnición de ridículos militarotes y en un hacinamiento de monasterios repugnantes.

Hoy agoniza todo en ese pueblo. Los maristas educan a los muchachos ricos; la juventud católica a los pobres; se encargan las ursulinas de las niñas acomodadas; las menesterosas van a las carmelitas. La papeleta de comunión es necesaria al obrero para encontrar trabajo; al soltero para hallar novia; al abogado para tener pleitos. ¡Y menos mal si mediante ese sacrificio se ganara uno la vida medianamente! Pero, tampoco. Al principio de la invasión jesuítica y frailuna, los que cumplían con la iglesia recibían el premio en una protección remuneradora. Hoy la Iglesia, que por ser rica se siente fuerte, no protege a nadie. Acumula fortuna tras fortuna y edifica convento tras convento, sin preocuparse de otra cosa. Sabe que el dinero es el poder temporal, y en la caza del oro invierte sus energías colosales.

Así, una gran miseria se cierne sobre un pueblo que debía ser rico. Los enormes ahorros que atesoraba el Banco, en lugar de invertirse en la creación de industrias, van pasando a manos de frailes, monjas y jesuitas. La

juventud educada por el clero no sabe hacer riqueza; malgasta la adquirida o la entrega con su cuerpo a los jesuitas. Como los confesores cierran el teatro y disuelven el paseo, no hay otros entretenimientos para la mujer que esas funciones religiosas, gratuitas en apariencia, ruinosas en realidad.

La aristocracia, empobrecida, se recluye en sus casas; la clase media se arrastra en la miseria, y los pobres emigran. ¡Medio Vitoria está en Bilbao!

Me pregunto a las veces si es la fe quien ha realizado en tan cortos años el milagro doloroso de la metamorfosis vitoriana. ¡Pero la fe!... Dudo mucho de que haya en España ningún hombre de ideas y sentimientos religiosos. Nuestro pueblo es el más profundamente anticristiano de toda Europa. Si hay un creyente es Miguel de Unamuno, pero Unamuno es protestante; el mejor día nos le hace obispo la Sociedad Bíblica de Londres. No; en Vitoria, como en Madrid, como en Barcelona, como en Bilbao, como en Sevilla, no es la fe el arma que la Iglesia emplea para aumentar su poderío; la fe es una espada sin punta ni filo; el arma a que la Iglesia debe su dinero y su fuerza es más moderna que la fe; tan moderna, que la Academia, que acepta el "trole" y el "amperio", no ha castellanizado todavía el vocablo que la designa: el arma de la Iglesia es el "chantage".

¡Qué valen los negocios de la Prensa junto a los realizados por las órdenes monásticas! Allí donde hay un cerebro debilitado, una esposa que no cumple sus deberes, una fortuna de dudoso origen, una vergüenza privada o un delito oculto; allí donde la ley y la opinión pública se paran, llega la Iglesia prevaleciéndose de la debilidad de las mujeres, halagando su vista con paganas ceremonias, captándose su confianza con fáciles absoluciones, explotando sus angustias con amenazas terroríficas, aprovechando en el confesonario sus necesidades expansivas; y aquí sonríe, y allá frunce las cejas, y más allá alza el puño, y acullá gol-



"FRAY LAZO" EN EL VATICANO

El coro de cardenales.—¡La verdad es que estos condenados tienen gracia!

pea implacable. El dogma es uno, la interpretación múltiple, el resultado siempre el mismo: dinero que va a los claustros y se entierra en ellos con la alegría, la salud y el porvenir de un pueblo.

¡Pobre Vitoria! Soñó con que el verano la libertara temporalmente de la jesuítica tiranía. Cuando los españoles salen de su pueblo son siempre irreligiosos. De los 500.000 compatriotas que habitan en América, no habrá 50 que oigan misa. Por cada uno que exceda de la cifra me dejaría recibir un palo, a condición de recibir mil



La señora (leyendo).—... y parece que, discretamente, el Gobierno ha recibido la adhesión de una de las Compañías más poderosas del mundo.

El oyente.—¡La Compañía de Jesús, de seguro!

duros por cada uno de los que faltan. Vitoria, convertida en lugar de veraneo, se redimía por algunos meses. Abrió, al efecto, sus calles al ensanche, construyendo lindas fincas en uno de sus más pintorescos arrabales. Conjuraron el peligro los religiosos tapando las vistas de esos "chalets" con un convento colosal y monstruoso, deforme y feo, un sapo desmesuradamente hinchado, un edificio que horripila, como dibujado por la pata de un fraile.

¡Pobre Vitoria!... Mas no perdamos ánimos. ¡Si vierais cuántos odios me descubrían mis amigos al contarme estas y otras mil cosas! Es que desde que han entrado los jesuitas la vida es imposible, se muere viviendo. Y no eran sólo los de ideas avanzadas los que hablaban así. Los que dejé conservadores, y aún carlistas, me cogían del brazo con grandes misterios, como temiendo que sus palabras fueran escuchadas, y me referían al por menor infamias y villanías cometidas por la gente de iglesia.

¡Lástima que se combatía al clericalismo, principalmente en nombre de la razón y de la libertad, ideas sin eficacia, mal o nunca encarnadas en nuestro espíritu español!

¡Cuán hermoso sería unir voluntades, hoy discordes, apretándolas contra la Iglesia en nombre del pan nuestro de cada día!

He ahí la obra que realizar debiera una política verdaderamente práctica.

Ramiro de Maestu



¡Ande yo caliente a fuer de constituyente!

Déme Besteiro el "carnet" para viajar con mi equipo, que ya me dió el anticipo igual que a Ortega y Gasset. Con el filósofo me igualo modestamente...
¡Y riase la gente!

Diga su oración Ossorio sobre la juricidad, con toda su autoridad de monárquico ilusorio. Cante Marañón (Gregorio) su optimismo impenitente...
¡Y riase la gente!

El triste Indalecio Prieto desfallezca, entre agonías, mientras gobiernan mis días dietas, "carnet" y Niceto. Disfrute yo, aunque cateto, mi escaño constituyente...
¡Y riase la gente!

Vaya Soriano a Sevilla en parlamentario miembro, y descargue el recio Niembro dos veces en la mejilla. Que yo, con una morcilla, ensayo el ávido diente...
¡Y riase la gente!

CRÓNICAS MUNDANAS

Se anuncia el próximo matrimonio de la bellísima hija de un defraudador del Estado, que fué ministro cinco veces en tres Gobiernos distintos de la monarquía, con el distinguido heredero de un antiguo funcionario encausado por timador hace catorce años; rehabilitado luego por la dictadura de Primo, y en la actualidad dispuesto a decir que es republicano, apenas vea qué grupo político se sitúa más cerca del Poder.

El jueves se expone al público el magnífico "trousseau" de la popular señorita de Allavoy, que no había podido casarse hasta ahora, y cuya dote se evalúa en 12 millones, con el eminente vago don Andrés Colilla, que cobra un importante sueldo en la Compañía Telefónica, por recomendación que hiciera oportunamente la reina madre (que en paz descansa).

Un distinguido novillero que habla cinco lenguas vivas y toma lecciones de latín por las mañanas, contraerá matrimonio en la semana próxima con la viuda de un general que fué seis meses coronel de Intendencia en Marruecos y dejó un capital de dos millones y medio en acciones del Banco.

La anunciada boda de la señorita de la Glicerina con el conocido ex joven maurista don Blas Cuco se ha deshecho, porque al celebrarse el contrato de espousales el novio observó que en la dote de su bella prometida faltaban 19 pesetas.

Se ha acudido a Roma a ver qué pasa.

El lunes pasado se celebró un gran baile en el hotel de los barones de la Fumarada. Este título portugués, que fué concedido por don Carlos (que en gloria esté) al ilustre banquero que ha tallado sin puerta durante quince años, es objeto de general elogio.

El "clou" de esta "soirée" fueron las sevillanas bailadas por la señorita de la casa, jaleada por tres ex ministros de la monarquía y un yerno de un ministro de la República que había estrenado un traje nuevo.

Los salones del Casino Pesimista, en el que se han fusionado todos los partidos monárquicos de la nación, estaban anoche hechos un ascua de oro.

La aristocracia nueva, la alta banca, el clero castrense, las letras, las sílabas, la industria, el comercio, el bebercio y todas las clases distinguidas, acudieron allí y bailaron, y cenaron, y se embriagaron hasta la hora en que salen a trabajar los tontos.

Don Pedro y don Alfonso

Que D. Pedro Muñoz Seca es monárquico, lo saben ustedes como nosotros. Sus convicciones son axiomáticas, que dice Jiménez Asúa.

Lo que tal vez no conocen ustedes es un suceso que prueba la adhesión de D. Pedro a D. Alfonso y la adhesión de D. Alfonso a D. Pedro, y justifica que en estos meses —¡y para siempre!— D. Pedro no esté en ánimo y vena de intentar escribir para divertir a la gente.



El Sr. Muñoz Seca.

El corazón de don Pedro se halla cubierto por crespones de luto desde el 14 de abril, que, como recordarán ustedes, mandó retirar la bandera republicana de los balcones de la Sociedad de Autores.

Pero vamos al suceso. Don Pedro había estrenado una comedia en la Comedia. La comedia era muy mala, y la Comedia había de soportar que invariablemente las opiniones de los espectadores se dividieran, y mientras que unos pateaban, otros silbasen.

A la quinta o sexta representación, D. Alfonso envió recado, anunciando que aquella noche iría a la Comedia para ver la comedia, y D. Pedro, emocionado, le aguardó en el vestíbulo, y con él en el palco, asistió a la representación.

Don Alfonso fué el único espectador que rió a lo largo de la representación y aplaudió al final de todos los actos. El público, tan discrepante de su rey en aquellos minutos como en otras largas horas anteriores y posteriores, protestó con estrépito.

Cuando, al cabo, la representación finó, D. Alfonso dijo a D. Pedro:

—No hagas caso a la chusma. Tú tienes muy repajolera gracia, y en ésta, como en todas tus obras, lo demuestras. La obra es estupenda.

—¿De veras gusta a Vuestra Majestad, Señor?—solicitó aún D. Pedro con palatinésca humildad.

—¡Muchísimo! Ya sabes que soy muñozsequista de cuerpo entero—asintió D. Alfonso.

—Pues conquie agrade a Vuestra Majestad me basta a mí—finó D. Pedro, derramando su adulación—, porque yo, mientras escribo, no pienso en el público, sino que miro la fotografía de Vuestra Majestad, procurando que las situaciones y las frases que voy ideando, un día alcancen el honor de hacer reír a mi rey.

La anécdota, que no sabemos si antes de ahora se hizo pública, tiene un valor histórico inestimable, porque descubre cuáles eran los gustos del rey que cayó.

Las obras teatrales de

FERNANDA DE VALARINO

Editadas por la «Librairie Theatrale». 3 rue de Marivaux París y repartidas en ocho tomos, titulados: *Frivola, Je veu un duc, Nerón Philtrion, Le cygne, Muguetle, L'amour pour l'amour, Cupidon ravi y La loi qui tue*

Se encuentran en las librerías de Fernando Fe, Puerta del Sol, 13; Beltrán, Príncipe, 16, Madrid; Ameller, Unión, 9, Barcelona, y en todas las principales librerías

El milagro de Ezquioga

Todos los días tropiezo en los periódicos con noticias o comentarios sobre esta especie de "serpiente de mar" que este verano nos ha salido.

Pugnan los católicos por creerlo, los curas y frailes por industrializarlo y los que en materia de religión somos abstemios, por buscar el lado grotesco.

Los que no se dan por enterados son los jueces y los fiscales, quienes aparentan olvidar o ignorar que existe un Código penal en el que están previstos y penados estos extravíos suculentos de la fantasía clerical.

No es de ahora la lamentable inhibición. En 1914, cuando yo fui diputado por primera vez, al ir a la Cámara un viernes de Cuaresma me indignó la cola de imbéciles que iba a pedir las tres consabidas cosas al Cristo de Medinaceli. Pedí la palabra y solicité del Gobierno que a los aprovechados frailes que lo administraban y lo siguen administrando, se aplicara inmediatamente el 606.

El 606 del Código Penal, vigente entonces y ahora, castiga con una modesta multa de 50 pesetas "a los que interpretaren sueños, hicieren adivinaciones o de cualquier otro modo explotaren la credulidad pública".

No me mataron porque en nuestro Parlamento no está en boga el homicidio; aún no hemos pasado de las tortas; pero me dijeron tales cosas, que a los taquígrafos les dió rubor transcribirlas.

Hay en el Código sanciones más graves para estos casos; pero bien estaría el empezar por el "Libro de las faltas".

A Mussolini se le presentó en Italia, a fines del año 29, un caso parecido al de Ezquioga.

Las poblaciones toscanas de Isola, Nicora, Tascone y Ortonava habían incidido en una verdadera locura religiosa a consecuencia de la aparición de la Virgen en un olivar.

Un tullido llamado Campanile difundió la noticia, que encauzó hacia el olivar un río de oro, para el que hicieron en seguida una presa ciertos frailecitos del contorno.

Como la Virgen se mostraba un poco rehuída para descender nuevamente al ostentoso altar que le habían preparado, se hacía preciso un milagro que entretuviera la devoción y calmara la impaciencia de los fieles.



POR SI VIENEN MAL DADAS

—Ya lo dijo San Mateo: un fraile armado vale por dos.

Anunciáronlo a fecha fija y los votos no quedaron defraudados. En el momento solemne llegó al altar Campanile arrastrándose sobre sus muletas, se arrodilló, rezó y se levantó de un salto, haciendo cabriolas ante aquella multitud creyente, que se deshizo en laudes y lágrimas.

Pero, ¡ay!, que, como dijo el clásico de Novedades:

*¡Contra las dudas del mar
luchan brazos varoniles!
¡Contra los guardias civiles,
no hay manera de luchar!*

No fueron, es cierto, los guardias civiles, sino los *carabinieri*, que se visten de un modo parecido, quienes cogieron por su cuenta a Campanile, de quien sabían que estaba más ágil que el Gallo en un momento de pánico, le dieron... lo suyo, lo entregaron al juez, que lo procesó en unión de sus cómplices, los pobrecitos frailes, y todos fueron condenados a pena de cárcel, sin que la Excelsa Señora del Olivar pudiera evitarlo.

Y es que Mussolini, en el aspecto clerical, es el reverso de nuestro D. Niceto. Este es creyente, tanto acaso como aquellos sencillos toscanos, aunque a veces se muestre ciudadano Nerón por obra y gracia del bendito papel que está representando.

Mussolini, en cambio, por mucho que haya cambiado de piel, no dejará de conservar en su organismo algunas de las glándulas que segregaron aquel su famoso discurso de Laussane:

"Dios no existe. Si existe, yo lo desafío a que me castigue aquí delante de vosotros. La Religión ante la Ciencia constituye un absurdo; su acción es inmoral; en los hombres, no es sino una enfermedad..."

¡Que Dios lo haya perdonado!

E. Barriobero y Herrán

¡¡¡VIVA LA REPUBLICA!!!

Es un hecho humano, casi biológico, que los reyes caigan, desaparezcan, se pierdan para siempre...

Sin embargo, la arquitectura pretende desmentir esta realidad. Por cada rey que cae, ella levanta cien palacios, como si quisiera decirnos:

—¡Imbéciles! Dondequiera que veáis un palacio, allí hay un rey.

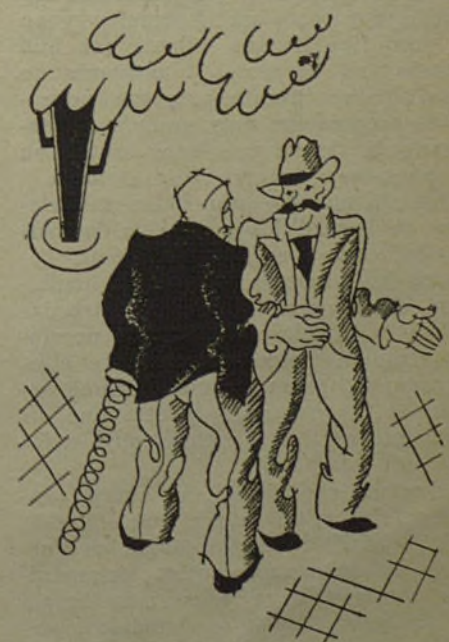
Demostración:

Cada Ministerio es un palacio.

Y esto no...

¡No, no y no!

¡¡¡Viva la República!!!



—Sí, sí, estoy apuradísimo. La vida está más difícil cada día, y no sé lo que va a ser de mí.

—Hombre!... Pues hágase usted socialista. Para muchos es la solución.

CALVICIE

SU CURACION RAPIDA, RACIONAL. Masaje eléctrico e irradiación ultravioleta. Lea folleto INVENTO SENSACIONAL Doctor GEISLER, enviando treinta céntimos para franqueo a

**LABORATORIOS G.,
APARTADO 331. SEVILLA**

EL SEXTO MANDAMIENTO

(CUENTO CELESTIAL)

Al publicar este cuento póstumo de Joaquín Dicenta, modelo de gracia y de intención, queremos consagrar un recuerdo público a aquel gran espíritu anticlerical, verdadero republicano, a quien los republicanos de ahora han olvidado, o acaso desdennan.

Llamo celestial a este cuento porque su asunto se desarrolla en el cielo de los católicos, en ese cielo donde, según las descripciones ortodoxas, los ángeles cantan escondidos entre nubes de ópalo y cantan los santos y las vírgenes y los apóstoles (cada grupo desde su nube correspondiente) un himno de alabanzas inacabables al Creador.

En uno de los aposentos más apartados del divino alcázar celebrábase un juicio de pecadores, juicio presidido por Jesús de Nazaret, el cual tenía San Juan a la izquierda y la Virgen a la derecha.

Cristo interrogaba a los pecadores: la Virgen intercedía por ellos, siguiendo los impulsos de su inmensa bondad, y San Juan apuntaba en una pizarra de esmeralda el fallo de su Maestro y el destino que este fallo concedía a los reos.

Los últimos se agrupaban a la izquierda del presidente. Eran autores de pecados leves, y en clase de tales, libertados por sentencia de la primera instancia celestial del fuego eterno. Tratábase sólo de averiguar en este juicio cuántos años de purgatorio necesitaba extinguir cada uno para entrar en el cielo y poseer el favor celeste y gozar el derecho a vivir cantando desde por la mañana hasta la noche. Era, pues, el de autos, un juicio de faltas.

No obstante ello, los pecadores andaban temerosos en el examen y en la confesión de sus culpas, que aun siendo tan hermoso el porvenir de una bienaventuranza perpetua, no resulta preparación muy grata para realizarlo la de pasarse unos añitos en el purgatorio socarrándose el alma.

De ahí que los enjuiciados anduviesen acobardadillos y que, a la más insignificante pregunta de Jesús, bajasen los hombres la cabeza, ocultasen las mujeres el rostro entre las manos y temblasen todos con nervioso temblor. Sólo uno de entre ellos permanecía sereno, inmóvil, como seguro de su pureza e inaccesible, por consiguiente, a las estufas purificadoras del purgatorio.

Era un capuchino. Su cuerpo enjuto, flaco a tal punto, que sobre la tela del hábito se marcaban los huesos; su demacrado rostro, encuadrado por una larga y no muy limpia barba gris; sus ojos hundidos, sus profundas arrugas, sus ojeras violáceas, su aspecto entero, en fin, revelarían una existencia dedicada a la abstención y al ayuno, al martirio de la carne en obsequio del alma, a la castración absoluta de las humanas

pasiones y de los terrenos apetitos. El capuchino era, seguramente, un asceta que pensó en vida mortal en la soledad y en el rezo, impenetrable a las tentaciones del mundo, sólo asequible para la virtud y para el bien.

Cristo examinaba a los pecadores por los mandamientos de la ley de Dios; y vale decir en obsequio de aquéllos que durante el primero, el segundo, el tercero y el cuarto mandamientos, apenas si hallaron motivo, la Virgen para interceder misericordiosamente, y San Juan para escribir en la pizarra de esmeralda.

En el quinto hubo tropezones de mayor cuantía. Cuál más, cuál menos, si no el cuerpo había herido con murmuraciones y ofensas el alma de su prójimo; fué preciso que la Virgen interviniera con dulzura pa-



¡Dicenta, aquel anticlerical!...

ra que San Juan no apuntase en la pizarra cifras muy crecidas y datos poco beneficiosos a los declarantes. Sólo el capuchino permanecía inalterable, sólo para él quedó en este mandamiento, como en los anteriores, ociosa la pluma del secretario apóstol.

Terminó Jesús el examen del quinto mandamiento, e iba a continuar por el siguiente, cuando entró en la audiencia un ángel muy rubio y muy grave, que dijo, inclinándose ante la encarnación humana del Eterno:

—Señor, tu padre necesita de ti al instante.

Y acercando su boca al oído de Jesús, murmuró en voz baja algunas palabras.

Grave tenía que ser el asunto cuando Jesús, levantándose precipitadamente, exclamó dirigiéndose a San Juan:

—Deja ahí encima la pizarra y venite conmigo. Tú, madre, espérame. Y vosotros—a los pecadores—aguardadme también. En seguida vuelvo.

María siguió con ojos amantes, aún enrojecidos por el llanto que en la tierra vertieron, el paso de Jesús; los pecadores, que a la terminación del quinto mandamiento se habían echado a temblar, recelosos de lo que en el examen del siguiente al quinto iba a ocurrirles, vieron el cielo abierto

con la imprevista ausencia de Jesús y se arrojaron a los pies de la Virgen, gritando entre sollozos de pena y suspiros de angustia:

—¡Señora!... ¡Madre y señora nuestra!... ¡Sed compasiva!... ¡El mandamiento que sigue al quinto va a ser causa de que pasemos centenares de años en el purgatorio!

Y se arrastraban por el suelo, y arreciaban sus súplicas, y crecía su llanto, y subían de punto sus imploraciones.

La Virgen, emocionada, les oía y daba vueltas a su imaginación buscando un medio para salvar el conflicto de aquellos infelices.

—Vamos, no afligirse, hijos míos—dijo la Virgen, guiada por su infinita misericordia—. Haré lo que pueda en vuestro favor.

Y cogiendo la pizarra trazó sobre ella algunas líneas, con letra tan semejante a la del apóstol secretario, que era imposible diferenciar la una de la otra.

—Doy aquí por examinado el mandamiento que sigue al quinto—continuó diciendo la Virgen, y anotó los datos menos desfavorables en el resumen—. Si mi hijo no recuerda dónde había quedado antes de marcharse, os salváis.

—¡Gracias, gracias, señora!—respondieron todos los pecadores, menos el capuchino, que hizo un gesto de mal humor.

Volvió Jesús seguido de San Juan, y muy preocupados debían tener a uno y a otro los asuntos que con Dios resolvieron, cuando Jesús, dirigiéndose a su madre, dijo con voz distraída:

—Madre, ¿en qué mandamiento habíamos quedado?

—En el séptimo—respondió la Virgen, entregando la esmeralda a San Juan.

—Empieza el examen del séptimo—profirió Jesús con voz solemne.

Y mientras los pecadores, llenos de gozo, dirigían a la Virgen miradas de gratitud profunda, el capuchino, mesándose las grises barbas con desesperación, murmuraba dolorosamente:

—¡Cristo, si yo lo sé!...

Joaquín Dicenta.



La señora.—¿Tan pequeños, y ya les hacen ustedes comulgar? ¡Pera si aún no tienen conocimiento!

El padre.—Precisamente por eso lo hacemos. ¿No ve usted que si fuesen mayores no comulgarían ni con ruedas de molino?

(De La Campana de Gracia.)

Se remozará la "Gaceta"

No obstante las circunstancias que atravesamos—o que nos atraviesan—, el Gobierno tiene, como es sabido, magnos proyectos, todos, naturalmente, que implican gasto: adquirir un palacio para residencia presidencial, construir un edificio para que se instale la Cámara de diputados, etc., etc., etc.

Entre estas etcéteras, según hemos sabido ayer, por una confidencia de Nicoláu d'Olwer, que nos los cuenta todo, figura el proyecto de remozar la "Gaceta", encargando de dirigirla, como premio debido a su conversión, a un intelectual procedente de los monárquicos, que bien pudiera ser el Sr. Sáinz Rodríguez, fácilmente adaptable a las nuevas inspiraciones de hoy y las que sigan mañana y aun pasado mañana.

En caso de que el proyecto se lleve a cabo, las principales secciones de la "Gaceta" serán éstas:

Parte diario.

El general Berenguer continúa en su residencia veraniega de Segovia, sin novedad en su importante salud.

Noticias políticas.

A pesar del calor que hace, el mini tro de Hacienda y otros varios ministros se desenvuelven con bastante frescura.

—El ministro de la Gobernación, cuyas interjecciones siguen siendo en los Consejos la mayor de las preocupaciones de D. Niceto, continúa imponiendo por narices que no aborden la cuestión religiosa los ministros anticlericales, que alguno hay, aunque para contarlos por dedos, de una mano sobren lo menos tres dedos.

Un proyecto.

Se trata de ampliar la estatua de Mendizábal, colocando a su lado la de don Indalecio Prieto.

Otro proyecto.

Este consiste en erigir un monumento a la Libertad, con la cabeza de Galarza, no reproducida, sino la auténtica, la que le intentó quitar Niembro; la "cuala" ofrece el joven repúblico, con su acostumbrado desinterés, en holocausto a la República, y de paso para demostrar a Balbontín que no hablaba de mentirijillas al asegurar que sacrificaría su vida a la República.

Tiempo.

El mejor de los tiempos.

Santos del día.

San Dámaso, exterminador; San Niceto, abogado; San Indalecio, restaurador; San Casares, pescador, etc., etc., etcéteras, etc., etc.

Espectáculos.

"La peseta enferma".

Cultos.

Libertad de cultos, que quiere decir que los frailes, curas y monjas hagan lo que les dé la gana. (Los jesuitas lo hacen, en efecto, de tal manera, que se sienten con este Gobierno más satisfechos que con los borbónicos, ¡y cuidado que iban bien con ellos!)

Cambios.

En la cuestión de los cambios, la úni-



ANUNCIO ILUSTRADO... Y GRATUITO

Por ausencia de su dueño, se cede un trono en bastante buen uso, pues solamente se han sentado en él en casos de necesidad. Haced proposiciones. Se admiten corredores. ¡Aquí de los vivos! Dirigirse a Acción Nacional, o a la Redacción de *El Debate*. Madrid (España).

ca preocupación del Gobierno es que no haya cambio de Gobierno.

Sucesos.

Cañoneo de todos los sindicalistas o antisindicalistas que no crean que la República está vinculada a los hombres que forman el Gobierno, y que dejen de decir, aunque no lo crean, que atacar a estos hombres es atacar a la República, porque la República no tiene más hombres que ellos.



¿Saben ustedes...

... cómo llama la gente tonsurada al general Ruiz Trillo, el cañoneador de Sevilla?

"El general cristiano".

... quién aspira a ser ministro de Hacienda cuando, ¡al fin!, salga Prieto?

Santiago Alba.

(¡Ojo, ojo, ojo, republicanos!)

... cuántos nombres se han incorporado en España al Santoral en el espacio de un siglo?

¡339!

¡Si los reza a todos Miguel Maura!

Sintomatología

Los radicales socialistas comienzan a ingresar en esa burguesa "Unión General de Destabajadores" que se llama Casino de Madrid.

¡Diablo!

¡Pronto han reunido las mil pesetas de la cuota de entrada!

Un periodista dijo que el Sr. Fabra Rivas había acudido a esperar a monsieur Auriol en una "limusina" de la Embajada francesa, y el Sr. Fabra rectificaba diciendo que fué en "auto" oficial.

¡Claro, colega, claro!

Si ahora todos los socialistas tienen "auto" oficial.

—Yo quiero ser republicano, don Niceto.

—¿Con qué sueldo?

Desde la semana precedente no se ha dado a nadie un par de cachetetes en el Congreso.

Sin embargo, en los pasillos de la Cámara sigue habiendo más policías que diputados.

CUENTAS DE MI ROSARIO

El hermano Lauro es el primer cocinero del orbe. ¡Cómo estaban esos pichones estofados! Me hubiera comido hasta la cazuela. ¡Pobre hermano Lauro! En la casa se dice que si es o deja de ser... Sí; yo creo que lo es; pero su aberración no le impide guisar como para los propios dioses.

Además—y eso es lo curioso—, no está prevista ni penada en los diez Mandamientos. El fornicio siempre supone conjunción de sexos opuestos, y lo que no se puede desear es la mujer del prójimo. Desear el hombre de la prójima, no hay precepto que lo impida.

Y a propósito de la prójima: La Regla nos manda que cuando vayamos por la calle lo hagamos con la vista baja. Nuestros enemigos han observado que así van los cerdos. Todo sea por Dios.

Lo que yo digo es que quien hizo esa Regla carecía en absoluto de dotes proféticas. Antes no estaba mal, porque las mujeres iban enfundadas como los paraguas; pero ahora, ante la vista baja, se ofrece cada par de pantorrillas que quita el sentido y la devoción. Las hay que parecen moldeadas en azúcar cande. Pero no es menos cierto que al levantar la vista, para huir de la tentación, se encuentran muchas veces que corresponden a un rostro sexagenario, a un pecho ausente o a un vientre *mongol jiérico*. Crueldades que tiene la Naturaleza para con ellas... y para con nosotros.

Apartad, Señor, mi mente de estas profanidades y traedme a la memoria la vida gloriosa de alguno de los muchos santos que supieron triunfar del pecado.

¡Gracias, Dios mío! Me has puesto a la vista como espejo radiante la vida sin par de Santa Catalina de Siena. ¡Qué hermosa es esta carta suya al nuncio de Su Santidad!... Pero, ¡caramba!, ¿qué dice aquí? "¡Ay de mí, que aquello que Cristo conquistó sobre el madero de la Cruz, lo gastan sus ministros con las prostitutas!"

¡Qué candor, Catalina de mi alma! ¿Cómo no hubo quien te advirtiese que en este nuestro mundillo y en ese aspecto que excita tus lágrimas, se cultiva espléndidamente la flor del *viceversa*?

El P. Cleto, que tiene el feo vicio de leer periódicos, nos dió esta mañana una noticia estupenda. El cura de Laigle (Francia) enseña la Historia Sagrada con proyecciones.

Apuesto a que hay bofetadas por entrar en la iglesia cuando explique lo del pecado original.

Y tiros cuando llegue a lo de Sodoma y Gomorra.

El padre prior dice que con esto de la subida de la libra nos estamos arruinando, y ha dispuesto que desde mañana vayamos por papejas a mangan por los pisos.

No seré yo el que exponga su cogulla a un sartenazo, porque ahora, de donde menos se piensa salta un republicanote de los de la *secularización de los cementerios*. Los hay que ni aún han quitado de su puerta el Corazón de Jesús y ya blasfeman igual que un ministro de Hacienda. ¡Jesús, María y José! Este pobre prior, como suele ocurrir con casi todos los que gobiernan, por aquello de que Dios da pañuelo a quien no tiene narices, disfruta de muy poco talento. No sabe hacer milagros, ni cultivar un Jesús como el de los capuchinos, ni ha sabido fomentar la atracción de forasteros a nuestro monasterio.

Verdad es que para todas estas cosas hace falta suerte. Por ejemplo, la que tuvieron hasta el siglo XVII los agustinos de Roma, que podían enseñar a los fieles, por su *tanti cuanti*, nada menos que la cuerda con que se ahorcó Judas, una de las alas del Arcángel Gabriel, la cresta del gallo de San Pedro, un mechón de pelos de las barbas de Noé, y el pañuelo con que se sonaba Moisés.

En cambio, nosotros pecadores, como no enseñemos la cabeza de San Mamés... Pero es de escayola, y aguantaría pocos besos.

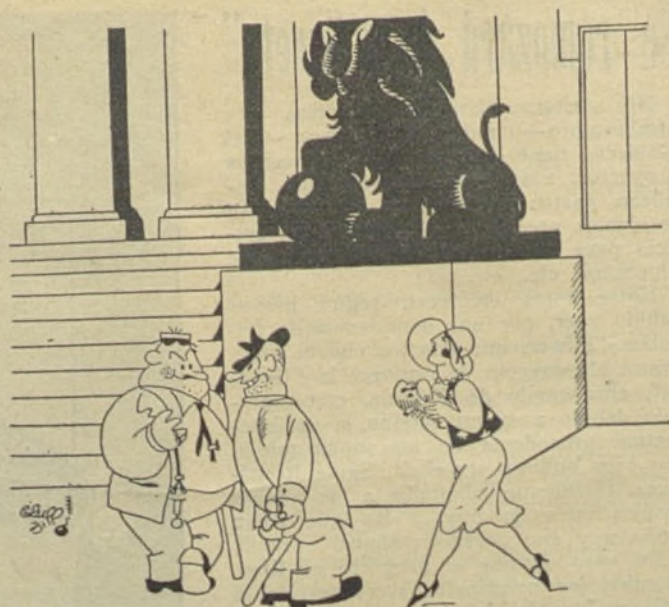
A propósito de San Mamés recuerdo ahora su portentoso milagro. Luchaba en una batalla como soldado de la fe. Un soldado hereje le cortó a cercén la cabeza de un tajo formidable. Pero como al santo no le había llegado su hora, tomó del suelo la cabeza, la besó, se la puso en su sitio y siguió batallando.

Algún crítico cominero ha preguntado que con qué boca besó el santo su propia cabeza; pero la objeción ya está contestada: con la boca del estómago.

Fr. Jaco Bolo Pez.

Perfumería China

Plaza del Angel, 17.—Colonias, extractos y esencias a granel. Colonia concentrada (especialidad de la Casa).
Visite exposición.



ENTRE DIPUTADOS SOCIALISTAS

—Oye, tú, cuando llegue la hora del reparto, ¿a quién le tocará esa señora?
—No lo sé. Pero mira, yo voy a hablar a Besteiro, a ver si pué ser que me la reserve.

Dos alcaldes en Madrid: Pedro Rico y Saborit

Uno para fuera y otro, como quien dice, para andar por casa.

Pedro Rico, el alcalde de las verbenas, concursos, rifas, inauguraciones, etcétera. Saborit, el alcalde de los consorcios, subastas, adjudicaciones, etc., etc.

Ambos ediles se dividen el mero y mixto imperio municipal en términos que causa risa. Están a la desquitadilla, observándose, fisgándose, comentándose...

Al llegar el adiposo mayor, don Pedro, los reporteros tiran de estilográfica.

—Nada, señores... El concurso de la Señorita República, al que he asistido en compañía de Lerroux... Muchas mujeres... Mucha animación... Y un calor que ni en el Senegal—dice, enjugándose con el pañuelo, que parece una sábana.

—¿Y de cosas?—murmura un reportero.

—¿Qué cosas?

—Hombre, cosas de aquí, del Ayuntamiento, de la casa...

—Pues..., nada... Espero hablar con Lorite, con Casuso, con Mañas... Un sinfín de proyectos... El extrarradio, las... ¡Concho, las dos!... Vaya, abur...

Apenas ha salido don Pedro, el adiposo mayor, asoma don Andrés, el adiposo menor, pero con más enjundia.

—¿Qué hay, don Andrés?

—¿Qué les ha dicho Rico?

—Pues, nada... Que estuvo en el Retiro... Muchas mujeres...

—Y un calor que ni en el Senegal, ¿no? Bien... Pues del Consorcio del pan...—y tira de veta... Y de los edificios escolares—y larga el "mandado"—... Y de la Comisión de Hacienda—y zurra, que es tarde.

Además "he dispuesto" que desde mañana... Y enumera un sinfín de órdenes, dictadas por él, por Saborit, el verdadero dictador municipal.

Entre tanto, Madrid espera... ¿Qué espera? Tener no dos alcaldes, sino un Ayuntamiento...

EXVOTO

Ana tenía una gran fe en aquella Virgen colocada en la capilla con menos luz de la iglesia, ataviada con adornos antiguos olientes a telas marchitas, refriada por un venticillo secreto con olores de humedad, esa humedad de las iglesias, transpiración de una tierra con muertos y con pozos anchos y hondos... Siempre que Ana pasaba por aquella calle subía a rezarla, y siempre que necesitaba flores las compraba en su esquina, como si aquellas flores procedieran del jardín recóndito de la santa, ese jardín místico cultivado de nardos en primavera y otoño que toda santa parece tener y cultivar...

De pronto, Ana comenzó a ir muy a menudo. Se veía que deseaba una familiaridad mayor con la santa. Era un intento secreto y tímido. Su desnudo era demasiado liso, demasiado resbalado, sin senos, apenas un botón blanco, como una verrugita desangrada, y ella, que deseaba el amor como un sacramento, pensó pedir a la santa la gracia de unos senos.

Un día se decidió a hacer la petición más visible, ofreciéndola un exvoto.

Entró en una cerería, esa tienda aciaga, apesadumbrada y enferma, tránsito para personas de más edad y de más relajación que ella, para madres, para abuelas y para viudas con hijos.

En el primer momento no supo pedir lo que deseaba al mancebo de la cerería, con su blusa color cera y su aspecto laso y céreo también. Miró a la trastienda y tartamudeó:

—Quiero un exvoto.

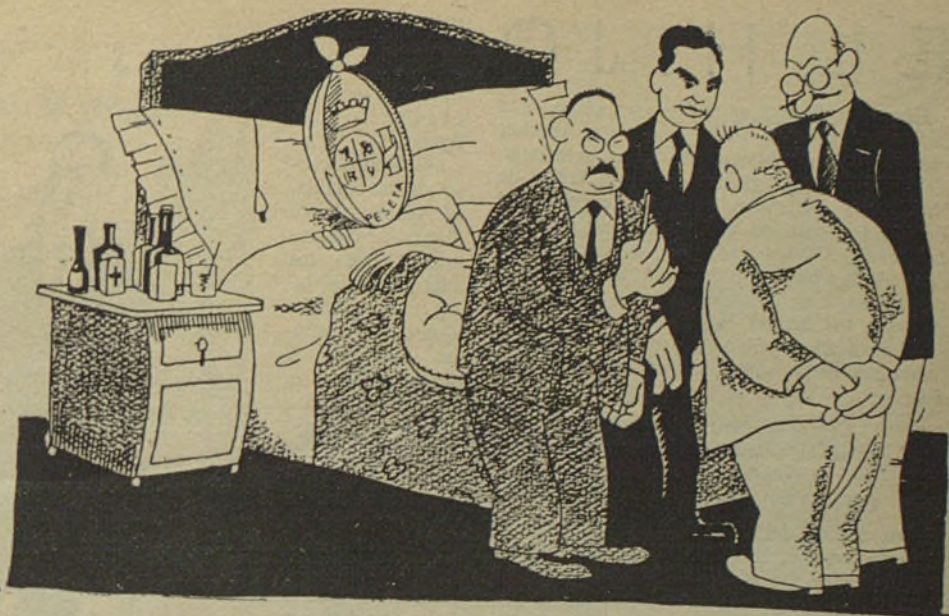
—¿Un cuerpo entero o un solo miembro? ¿Un corazón? ¿Un brazo? ¿Una pierna? ¿Una cabeza?

—No... Quiero...—y giró la mirada alrededor—uno de éstos...—y señaló unos senos pequeños como pezoneras para enferma de los pechos.

El mancebo, con trazas de sacristán, bajó la nariz, cogió el exvoto y se lo envolvió sin chistar. Ella pidió precio y pagó. No fué excesivo. Salíó con desparpajo, porque se sintió ya más mujer con esos senos envueltos y porque no pensaba volver por allí ni pasar por aquella calle, porque le parecía siempre que aquel sacristán la había visto el fondo del descote... En el camino pensó que debía haber pedido unos más grandes, porque aquellos eran, ciertamente, demasiado diminutos y no aumentarían mucho el relieve de su corpiño por más que subiese el corsé y los dejase sobre su ballenaje.

—Sin embargo—pensó—, la Virgen los proporcionará de otro modo... Estos que llevo no son más que un símbolo.

Y entró en la iglesia. Estaba solitaria la capilla y había un clavo vacío. Miró a todos lados, temiendo más que nada a la "sillera", que la conocía. Nadie. Desenvolvió su exvoto y lo colgó del clavo vacío con un rubor ex-



—Pero ¿no remite?

—No. Y yo creo que se va a romper el termómetro, porque ya llega a 59.

traño, sintiendo frío en su desnudo, como si hubiera abierto su pecho y hubiese sentido en él el viento escocedor de la iglesia, ese frío que viene de abajo en las iglesias desde el resquicio de las baldosas y de las tarimas de los altares.

Se encogió, se hizo un ovillo apretado y se llenó de atriciones. Los dos senos, colgados de una cinta de seda rosa, estaban llenos de persuasión y de esperanza; parecían tener una palpación ingenua, una blandura carnal, desangrada, paciente y virgen, sin rosa en su brote, pero sin esa rugosidad que tienen aún las niñas; perfectos senos místicos llenos de una feminidad irritante y languidescente.

Desde ese día no dejó ninguno de ir a poner flores a la santa, y pasados tres meses sus senos aparecieron admirables, duros, anchos y blancos. blancos hasta darla frío y una dentera sensual de puro blancos.

Y pasó un poco de tiempo más, y un día, llena de inquietud y de animación por sus senos irresistibles, fué seducida por un cualquiera, y desde entonces sus senos la fatalizaron. Fué su orgía admirable y ardiente; pero en su impureza, fogueado el pecho por aquellos senos, recordaba siempre sus otros dos senos de niña, virginales siempre, sin mordeduras, a salvo del pecado, colgados de una cinta de seda en la capilla de Santa Maravillas.

Ramón Gómez de la Serna

¿En qué piensa el signor Ferroni?

Las subsistencias siguen subiendo en los Madriles lenta, pero continuamente, aunque la Prensa no lo diga.

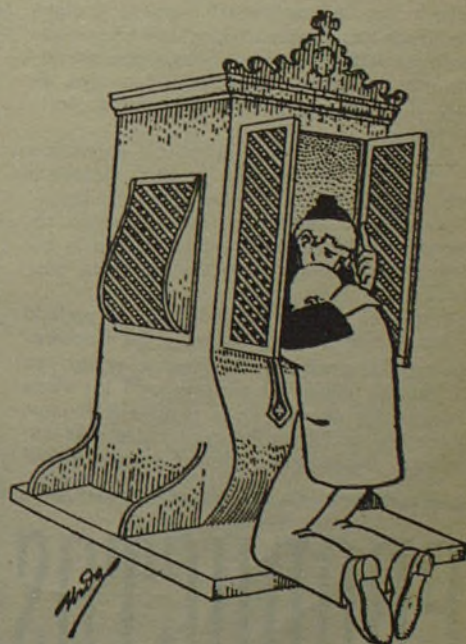
¿Es que no tenemos delegado de Abastos? ¡Claro que sí! Pero el delegado es socialista. Y además diputado. Y además jefe de la "troupe del signor Ferroni". Preparémonos a ayunar, hermanos; no queda otro remedio.

Dos emes que se entienden

El austero patricio Sr. March es, entre otras varias cosas harto sabidas, propietario de "Informaciones", periódico al que con suave aticismo llama "mi escupidera". No es extraño, pues, que la escupidera del Sr. March se entusiasme con Maura chico porque éste "se muestre tan decidido y supla con sus palabras—y creemos que desde hoy con hechos—las tibiezas" de D. Niceto en lo de sentar la mano.

Y como ahora March es "moro amigo", Maura se ha apresurado a oír al patricio y a la escupidera y ha creado 300 policías más y se dispone a no sé cuántas otras cosas para no defraudar a su nuevo amigo.

¿Verdad que hay ciertas curiosas afinidades electivas entre los nombres que empiezan por M?



—Acúsome, padre, de que alguna vez ventoseo en la iglesia.

—Eso lo hacen los judíos.

—No, padre; eso lo hacen las judías.

EL HIJO

Erase un clérigo marrullero y ladino, más de lo que suelen serlo, y lo son mucho, esos buenos presbíteros de aldea asturiana. Erase un clérigo glotón como un fraile de Pabelais y mujeriego como un capellán de Boccaccio. Erase un clérigo más dado a las dulzuras del buen vino, de la buena comida y de las buenas mozas que a las controversias de Sagrada Escritura y de Teología o a los latines litúrgicos.

El instinto popular, que nunca marra, le había aplicado aquel cantar regional, que dice:

*El señor cura del pueblo
tiene la sotana rota,
que la rompió en un bardal
por correr tras de una moza.*

Los mozos del pueblo, cuando pasaba al lado de los cornos donde ellos jugaban a la barra o a los bolos, solían cantárselo en voz baja.

En voz muy baja, que más era tenue susurro, porque en voz alta nadie se hubiera atrevido. Que el reverendo era forzado y temble como un atleta de circo.

Este buen abad, de quien se contaban muchas historias donjuanescas, tenía en su vida una aventura fundamental, esa aventura del ama, que en los clérigos robustos y sensuales de aldea viene a ser como la clave de una eterna fidelidad aparente al voto de castidad, como la sustitución del matrimonio y la recompensa del celibato.

Esta aventura pocos la sabían, y eran más públicas y notorias sus pequeñas buenas fortunas, que diría un traductor del francés, sus escaramuzas en la campaña de Cupido: aquella moza sorprendida al volver de una namería, aquella cubana casada con un hijo del pueblo que emigró a Indias y volvió rico a su tierra, aquella esposa mal cumplidora de sus deberes, que era ardiente y sabrosa como una fruta del Trópico...

Y en realidad, lo único serio y grave de su vida era la aventura del ama, mozacona rolliza y colorada, de senos escandalosos y caderas rotundas, que acusaban una fecundidad avasalladora. Y la aventura con el ama trájole el único tropiezo, la única nota desagradable de su vida: el hijo.

Un hijo recio y fornido como de tan buenos progenitores, un muchachote que hubo de instruir y educar en el colegio de la villa, y que le costó mucho dinero y algunos disgustos. Llegó a oídos del señor obispo la existencia de ese vástago presbiteriano, que así ponía en solfa, a los ojos de todo el mundo, la validez del celibato eclesiástico.

No encontrando Su Ilustrísima correctivo a mano que no causase mayor escándalo que la existencia de este hijo sacrilego—vulgarmente llamado sobrino—, decidió reprender verbalmente al clérigo cuando le tocase pasar por su parroquia en visita pastoral.

Llegó el día tan ansiado por el prelado y tan temido por el párroco, y Su Reverendísima fué recibido con enorme pompa en la humilde aldea. El párroco sacó los vinos más añejos de su bodega y ordenó al ama, objeto de pecado, condimentar los más exquisitos manjares; y como era gran epicú-

reo y solía cuidarse bien, Su Ilustrísima quedó más que satisfecho del ágape.

Durante el curso de la comida, el obispo lanzó finas ironías acerca de los clérigos que tenían *tupadillos* que todo el mundo conocía. A los postres, el prelado, gran fumador, extrajo de su petaca dos ricas Panatelas y ofreció una al párroco. Este, que realmente nunca había fumado, la rehusó diciendo con cierto aire desdenoso:

—No tengo el vicio de fumar.

Nunca hubie a dicho ta', porque el pastor de almas, deponiendo por un momento su mansedumbre evangélica, replicó airado:

—Porque no es vicio, no lo tiene usted...

Terminada la opípara refacción, encamináronse a la iglesia parroquial, donde había de celebrarse la solemne ceremonia de la Confirmación. El prelado revistiéndose con las más suntuosas vestiduras y fué dando los correspondientes bofetoncitos, añadiendo el *Ego te confirmo*, etc., a cada niño y niña que ante él cruzaban, besándole reverentes el episcopal anillo. Por cierto que los besitos de algunas muchachas ya formaditas y muy peripuestas, retrasadas en el segundo sacramento del cristiano, le estremecieron un poco.

Cuando dió fin la litúrgica ceremonia, el señor obispo, un poco fatigado por el tiempo que había pasado en pie y por los besitos estrepitosos de las niñas mayores, suplicó al párroco:

—Le ruego que dé usted la bendición en mi nombre, porque estoy fatigadísimo...

El cura volvióse hacia el infantil auditorio y dijo con voz clara y rotunda:

—Por mandato de Su Ilustrísima, yo os bendigo... en el nombre del Padre... y del Espíritu Santo.

El obispo, un poco extrañado del cercén hecho en la fórmula litúrgica, preguntó al párroco por lo bajo:

—¿Qué ha hecho usted del hijo?...



El ordenanza.—Aquí tiene la manta que me ha pedido el señor ministro. Pero advierto al señor ministro que la noche está calurosa, y no creo que la necesite el señor ministro.

Maura.—No... Si es para fámela a la cabeza.

El buen clérigo contestó sin inmutarse: —En la puerta de la iglesia está con un regalo para Su Ilustrísima...

Luis Marraco.



CLERICALES DE AHORA

¿Conque el subsecretario de Instrucción pública, señor Barnés, solamente por respeto a sus mayores ha sido católico? ¡Hombre, hombre, hombre! ¿Qué pensará de esto la nodriza de don Marcelino?



El suplicio de Tántalo.

PRODUCTOS MARISA COLONIAS - ESENCIAS
SALES PARA EL BAÑO
JABONES - POLVOS - FIJADORES
EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS SE VENDEN LOS PRODUCTOS MARISA

El chocolate de Cuzco

Uno de los motivos que se afirma figuraban en la información secreta que sucedió a la expulsión de los jesuitas de España, decretada por Carlos III—información desaparecida al restablecer la "Compañía" Fernando VII—, merece la pena de referirse, por ser curioso e interesante.

Para mantener los jesuitas su influencia en la corte y en el gobierno, equilibrando en lo posible la desconfianza, el recelo y falta de simpatía con que el rey y sus ministros los miraban, procurándose valedores influyentes en los Consejos de Castilla e Indias y entre los personajes que rodeaban al monarca.

Cierto es que buena parte de la grandeza les era afecta, porque había sido educada por ellos en el Colegio de Nobles de Madrid, y no lo es menos que otra del episcopado y de los inquisidores les tenía devoción y algunos gratitud; pero desde que el rey prefirió para el gobierno a las clases letradas y de la magistratura, decayó el favor jesuítico, y, sobre todo, desde que el cargo de confesor regio, que venían desempeñando hacia más de un siglo, les fué arrebatado.

No creía la Compañía que el rey Carlos se atreviese a desterrarla de sus dominios; descansaba en la confianza de su gran poder, que el monarca conocía perfectamente y que tenía motivo de temer si lo atacaba de manera tan radical; pero no ignorando que el soberano obraba en todos los asuntos con prudencia y tomando consejo y asesoramiento de sus ministros y altos cuerpos de gobierno, y cierta de que sufriría quebrantos en sus mal ganados dominios y riquezas, procuró tener a su lado la mayor suma de valedores influyentes.

Y para ello empleó un recurso eficaz siempre.

Era la Compañía, en la América española, dueña de vastos territorios, de multitud de indios, de cuantiosos bienes y de industrias importantes.

Entre estas últimas de productos laborados, figuraba el chocolate, y la fábrica de este artículo que gozaba más fama era la de Cuzco, rica ciudad del Perú.

El soconusco especial de Cuzco gozaba la preferencia de nobles alcurniados, de obispos, de consejeros, de inquisidores y, en fin, de la gente más calificada de la corte y del gobierno afectos a los jesuitas, quienes se complacían en mandárselo regalado.

Mas como las flotas del Perú sufrían grandes irregularidades en sus viajes a España, tanto por la larga y difícil travesía desde el Pacífico, en barcos de vela, como por los accidentes de las guerras marítimas que sostenían con Inglaterra, escaseaba con cierta frecuencia el chocolate cuzcano.

Cuando tal ocurría, no ocultaban los altos y gratuitos clientes su dis-

gusto y se lamentaban en público de la carencia del delicioso producto jesuítico, para el cual no encontraban sustituto entre los muchos buenos y cuidadosamente elaborados que en conventos de otras órdenes se expendían; pues sabido es que aquella era época en que el uso de tomar y de obsequiar con chocolate estaba de moda.

En cambio, la llegada de las naves del Perú con chocolate de Cuzco, colmaba de alegría a los personajes amigos y protectores de los ignominiosos.

Hubo de chocarle al conde de Aranda, primer ministro, los estados de ánimo que en aquellos clientes producía el chocolate peruano, que él no encontraba ni mejor ni peor que otros de elaboración eclesiástica y particular, también acreditados, y decidió averiguar la virtud que contenía y el porqué de la preferencia.

Al efecto, dispuso que al arribar la flota del Perú a Cádiz un agente secreto suyo abriese las cajas de chocolate de Cuzco que iban destinadas a los personajes a que nos hemos referido y examinara el contenido cuidadosamente.

Así se hizo. Las cajas contenían chocolate en paquetes de una libra; pero como el inspector notase que cada libra pesaba bastante más de lo debido, partió uno de los paquetes y dio con el secreto del exceso.

Cada porción de chocolate guardaba en su seno una onza de oro, una de las hermosas "peluconas" tan escasas hoy.

Las cajas no llegaron a su destino y los clientes por esta vez, y ya para siempre, se quedaron sin el delicioso y bien calificado de rico chocolate de Cuzco.

J. Jorge Vinalta.

Asistencia a partos

SANATORIO "SANTA ALICIA"

Director: Dr. Vital Aza. - Madrid



—¡Todavía manda ésta y, en su nombre, yo!

¿Quiénes trajeron la República?

FRAY LAZO abre un concurso entre los partidos políticos, sus hombres más representativos y cuantos ciudadanos se consideren con fuerzas para ello, a fin de adjudicar un premio al que averigüe "quiénes trajeron la República" (que trabajo le mandó).

Para concurrir al Concurso se necesita:

Ser político militante en algún partido, aunque sea agrario.

Cobrar catorce o quince sueldos de un presupuesto, aunque sea adicional.

Oír misa entera todos los domingos, como Alcalá Zamora.

Rechazar el divorcio—"De esto ni hablar"—como Miguel Maura.

Ser republicano, pero habiendo sido upeista, como Elola, el ex fiscal de la República.

Tener a su disposición treinta o cuarenta presos gubernativos, como Galarza.

Fallecer cada día y cada hora, como Indalecio Prieto.

Ser ministro de la República, pero habiendo sido antes consejero de Estado con la Dictadura, como Largo Caballero.

Ser preso de categoría en un Alcazar, pero habiendo sido antes dictador, como Berenguer.

Ser admitido en las Constituyentes, pero habiendo sido antes dilapidador de la Hacienda pública, como Calvo Sotelo.

En días sucesivos completaremos los detalles de este Concurso, cuyo solo anuncio ha despertado más interés que el viaje de Maciá.

PREDICAR EN DESIERTO

Preguntad a cualquier señora de nuestra buena sociedad quién es el padre Montero, y os contestará como todas ellas sin excepción:

—¿El padre Montero? Sí, le conozco muchísimo. ¡Es mi confesor!

Cierto que el elegante padre Montero, comendador de no sé cuál orden y secretario de no sé qué tribunal, es un teólogo eminente y un notable orador sagrado; pero sobre esos méritos tiene otro indiscutible, que es, sin duda, el que más ha contribuido a aumentar el ya crecido número de sus aristocráticas relaciones.

Según dice una hermosísima casada amiga mía, el padre Montero es el confesor más "manga-ancha" que ha conocido de diez años acá. Y que algo hay de cierto en esa afirmación, lo prueba el que todos los días se ve su perfumado y artístico confesonario favorecido por una tan numerosa y distinguida clientela como pueda tenerla la mejor tienda de modas.

Algunas tardes, sobre todo las vísperas de las grandes festividades, la capilla de Santa Filomena parece un día de moda en un cinematógrafo aristocrático. Los carruajes blasonados y los automóviles de más lujo forman cola delante de la iglesia, ni más ni menos que si se estuviese celebrando el estreno de una película de Chevalier. Y es que la noticia de la "manga-ancha" del padre Montero corrió "sotto voce" de boca en boca y de salón en salón, y eso bastó para hacer entre el bello sexo un "abono" tan monumental que para sí lo quisieran las Empresas de la otra clase de espectáculos.

En las lluviosas tardes de Cuarema el elocuente padre Montero, que, además, es un "vivo", ocupa la cátedra sagrada de la aristocrática capillita, y a turno par o impár, según las condiciones establecidas por el abono, predica. Los lunes, para muchachas inocentes y pollitas sin maliciar, es decir, que todavía no han llegado a pollas. Los miércoles, para casadas, y los sábados, para hombres solos, y que, por cierto, suelen ser los días en que más concurrencia hay de mujeres. Porque con dichos sermones ocurre lo que con las Revistas picarescas: se escriben para hombres solos, y resulta que todas son lectoras.

Un miércoles dedicado a las casadas subió al púlpito el padre Montero, y después de un exordio dedicado a la Virgen purísima, en el que pedía con frase elocuente la luz divina de la inspiración, entró de lleno en el asunto y abordó resueltamente el tema de la infidelidad conyugal, tema siempre de actualidad palpitante.

Habló de lo que debe ser el arrepentimiento, recordó a María Magdalena, citó a San Pablo y San Agustín y otra porción de citas más, conocidas de las señoras, y añadió con voz temblorosa:

—Pero, ¡ay!, que el arrepentimen-

to se promete casi siempre y casi nunca es sincero. ¡Cuántas de vosotras os habéis postrado ante el tribunal de la penitencia prometiendo contritas formal enmienda, y al mes siguiente habéis vuelto a confesaros del mismo pecado, y cometido... ¿con quién? ¡Vergüenza da el recordarlo!

(L o s "chauffeurs" que amontonados, aguardaban junto a la puerta de salida, palidecieron... espontáneamente.)

Y siguió diciendo el predicador:

—En este mismo momento, desde esta cátedra sagrada estoy viendo una señora de las que engañan a sus maridos con tan criminal frecuencia, que merecían un castigo bochornoso. No puedo decir su nombre: el secreto de la confesión me lo prohíbe; pero si os daré señas tan claras y decisivas que podáis todas reconocerla.

Decir esto el sacerdote, santiguarse todas las señoras y desfilar cada una por su lado dejando el templo vacío, fué la obra de dos minutos escasos. La fuga fué rápida, y allí se quedó el buen padre citando a San Pablo y a San Agustín, en medio de una espantosa soledad y sonriendo maliciosamente...

Desde entonces sabe todo el gremio de predicadores que predicar sobre la fidelidad de las mujeres casadas... es "predicar en desierto".

Eugenio Blasco

El upetismo socialista

FRAY LAZO no recuerda quién fué el que dijo que "los socialistas eran los upetistas de la República". Debíó ser Séneca, o su rival el jefe de la minoría socialista parlamentaria. Porque acabamos de ver cómo un señor Zafra ha llegado a ser alcalde de Cartagena por los votos socialistas y upetistas. ¡Y a la ética que la panta un rayo!

Menos mal que en el Congreso hay cada fiera socialista capaz de devorar a todos sus aliados upetistas juntos.

Por algo ha dicho uno de sus conspicuos: "La última contienda electoral fué la batalla de "Waterclós" de la Monarquía". Son terribles, terribles, los camaradas de Saborit...

TELÉFONOS



TELEFONIA POLIGLOTA

—Lo siento, caballero; pero el empleado que aquí conoce el catalán, está esta tarde franco de servicio. Si a usted le es igual, puede redactarlo en vascuence y lo transmitirá el empleado vasco, que ha nacido en Guernica.

El comodín parlamentario

Cuando se habló en las Cortes de que convenía elegir un presidente de la República, el coro general de enchufistas vociferó: "¡Es una maniobra monárquica!"

Cuando se dijo en las Cortes que la República debía respetar los derechos individuales, todos los alabarderos clamaron a una: "¡Eso es defender la Constitución monárquica!"

Cuando se censuran las torpezas ministeriales que dañan a la República, el tropel de vestales parlamentarias chilló con estrépito: "¡Eso es hacer el juego a los monárquicos!"

¿No les parece a los señores de las mil pesetas que el ganarlas merece tratar con un poco más de respeto a la lógica y al buen sentido?



—¡Qué groseros! ¡Ni un alma a recibirnos!

—Y eso que te pasaste el verano pasado tocándole todos los días el órgano al cura para que alzara.



Un hombre
bueno,
compañys.



Un hombre
malo,
Ossorio.



Un hombre
¿esperanza?,
Sánchez Román.



Un...
"siemprevivo",
Romanones.



Un buen
anticlerical,
Ayuso.



Un buen
clerical,
Madariaga.

MUNDILLO TEATRAL

La hija de Alfonso Muñoz, a su papá.
—Sí, papá: sería muy feliz casándome con él; pero me da tanta pena dejar a mamá...
—Pues por eso no lo hagas, hija mía: te la llevas.

Manuel Azaña, que además de ministro de la Guerra es un excelente literato, ha entregado a Carmen Moragas su traducción de un drama inglés en tres actos, que, por irónica coincidencia, se titula "La amante del rey que huyó".

Ana Adamuz, a su visitante.
—Sí, señor, "curta" que es una, na má... Pero óigame usted un consejo: usted no preste libros nunca. Tóos estos que ve usted aquí, los he pedío yo prestaos.

Asquerino y la López Heredia, en el estudio de Burmann.
—Cuidado, Irene, que la pintura está todavía fresca.
—No importa: llevo los guantes viejos.

Martínez y López Lagar.
—¿Cómo lleva sus cosas, Pedrito?
—¡Calle, hombre!... Si esta más difícil forciarse que casarse.
—También es mejor.

Joaquín Regales y Emma del Pino.
—Ese café está muy caliente, señorita.
—¿Es que lo ha probado usted?
—¡Uy, por Dios! Nunca me hubiera atrevido a tanto. No he hecho más que meter el dedo.

Paco Alarcón y Nicolás Rodríguez.
—Te digo, Nicolás, que cuando me voy a acostar después de las dos de la madrugada, al día siguiente estoy mojado.
—Yo, no. Yo soy soltero.

Carmen Díaz y Concha Catalá.
—La otra noche estaba yo en la Carrera mirando el escaparate de una joyería. De pronto, ¡paf! don Jacinto Beavente que me tapa los ojos. Nos saludamos, y como yo soy tan "ignorante", voy y le digo: "Don Jacinto, ¿cuándo me va usted a regalar algo?" Y él va y me dice: "Mañana sin falta." ¿Y

qué dirá usted que me ha mandado, Concha?

—No sé...

—Pues una caja de pastillas de jabón.

Orduña y Serrador.

—A mí, maldito lo que me importan las mujeres.

—¡Uy, qué coincidencia!... ¡Ni a mí!

ATRACCION DE TURISTAS

Dice "El Sol", con grandes titulares: "Las más ilustres personalidades socialistas de Europa vendrán a España".

¡Claro, hombre!

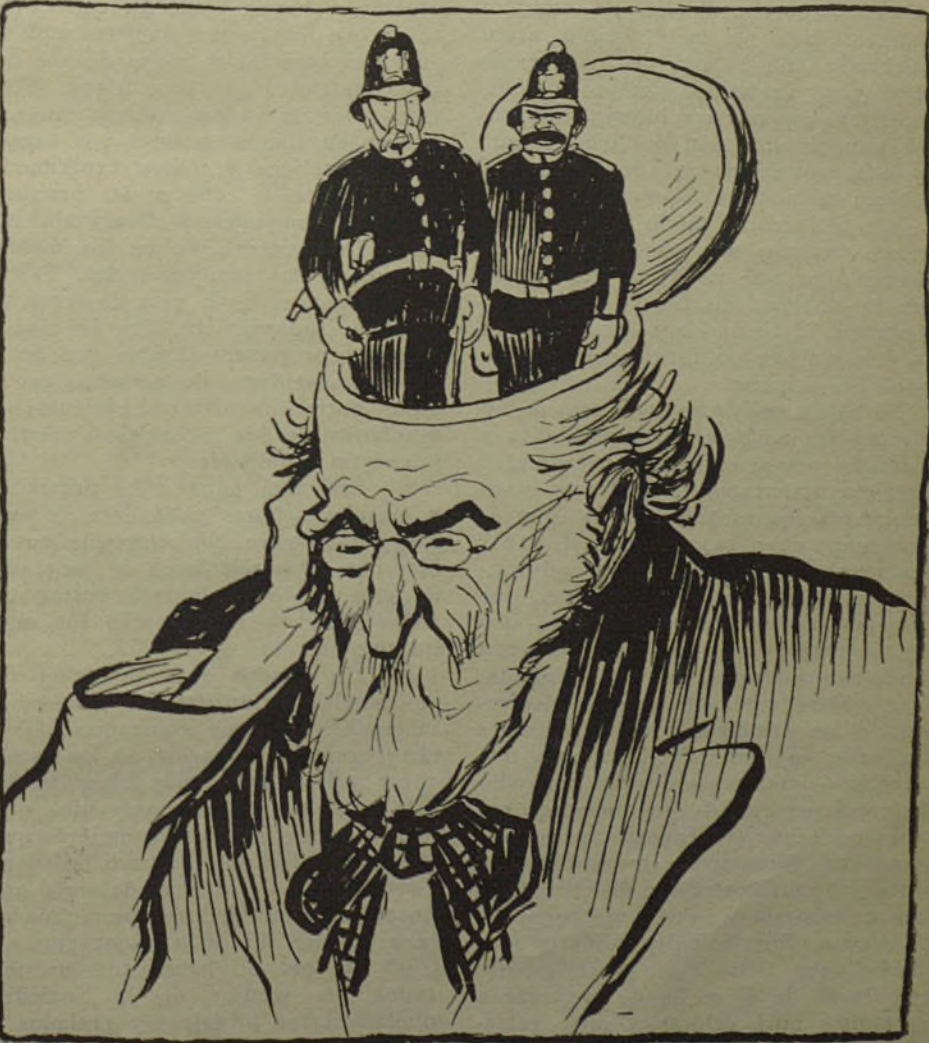
Vendrán a admirar la labor ministerial del compañero Prieto.

¡QUE SALGA EL AUTOR!

Leemos: "...Enterado de tal delito el Sr. Galarza, dió instrucciones al jefe superior de Policía, quien dió instrucciones al jefe de la brigada, quien dió instrucciones al inspector Sr. Z, quien encargó del servicio al agente Z..."

Con lo cual tenemos que el único a quien no se nombra es al confidente, a quien se debe todo lo del servicio, salvo la ejecución encomendada al agente Z.

¿No sería mejor empezar así: "El confidente H dió instrucciones al señor Galarza, quien, etc., etc."?



El librepensamiento en la República conservadora.

"Mónita Secreta" de los jesuitas

CAPÍTULO SEGUNDO

Cómo deben conducirse los padres de la Compañía para ganar y conservar el aprecio e intimidad de los príncipes, magnates y personas ricas y poderosas.

1.º Es necesario que hagamos todo lo posible por ganarnos completamente el afecto de los príncipes y personas de más consideración, para que, sean quienes fueren, no se atrevan nunca a proceder contra nosotros, sino, por el contrario, que se constituyan defensores y dependientes de nosotros.

2.º La experiencia nos enseña que los príncipes y potentados se inclinan en favor de los eclesiásticos, tanto más cuanto más éstos saben disimular las acciones odiosas o culpables de aquéllos; cuando los eclesiásticos asienten a lo que ellos piensan o desean, como puede verse, por ejemplo, en los casos en que los primeros contraen matrimonio con parientas o aliadas suyas. De tal suerte es esto así, que nos es muy conveniente animar a dichos sujetos en esos casos particulares, asegurándoles el feliz éxito de su empresa si se proveen de las dispensas que concederá el Papa por mediación de nuestros padres. Esto es muy bueno argumentarlo con la cita de otros casos análogos, cuidando siempre de demostrar que nuestra intervención sólo tiene la finalidad del bien común y la mayor gloria de Dios, que es el objeto de nuestra Compañía.

3.º Del mismo modo hay que proceder cuando un príncipe trate de hacer algo que no fuese del agrado de la nobleza, contra la cual se le animará, al tiempo que se aconsejará a ésta que se conforme con los deseos del príncipe.

Se ha de cuidar en todo esto de no descender jamás a particularidades y detalles, por si el asunto para mal y pudiera imputarse su fracaso o su maldad a los manejos de la Compañía, para cuyo caso se han de tener ya preparados otros padres, ignorantes de las instrucciones secretas, que puedan afirmar bajo juramento que la Compañía nada tiene que ver con todo aquello malo que se le imputa.

4.º Otro medio de ganarse el afecto de los príncipes y reyes es saber insinuar, con exquisita destreza y discreción—siempre empleando para ello terceras personas—, que nuestros padres son muy a propósito para desempeñar dignamente toda clase de cargos honoríficos cerca de otras Cortes extranjeras y sobre todo cerca del Vaticano. Por la extraordinaria gravedad que tiene este procedimiento ya de sí, de él se ha de encargar a personas muy celosas y muy versadas en los procedimientos de nuestra institución.



El niño.—Pero ¿ni siquiera para Reyes vendrán los reyes?

La madre.—No. No vendrán nunca más.

(De La Campana de Gracia.)

5.º Hay que procurar ganarse la buena voluntad de los príncipes y sus criados, haciéndoles todo género de regalos y oficios piadosos, con objeto de que informen a nuestros padres sobre el carácter y modo de ser de sus superiores y compañeros. Con esto nuestros padres conseguirán tener en sus manos a unos y a otros.

6.º Repetidos y felices experimentos nos dan a conocer las grandes ventajas que nuestra Compañía ha obtenido interviniendo en los matrimonios de las familias reales. Tales, entre otros, el de la casa de Austria, Francia, Polonia, etc. Por lo tanto, conviene proponer—siempre con gran prudencia—enlaces de personas escogidas entre los amigos, parientes y familiares de los verdaderos afectos a nuestra Compañía.

7.º Será fácil ganar a las princesas y grandes señoras valiéndose de sus camareras; para ello conviene entablar con ellas relaciones de amistad; de este modo se logrará entrar en todas partes y se poseerán los más íntimos secretos de familia.

8.º En cuanto a la dirección de conciencia de los grandes señores y magnates, nuestros confesores deberán seguir los consejos de los escritores eclesiásticos más liberales en este sentido. Así se conseguirá que los penitentes nos hallen mejores que los otros religiosos, de cuyo ordenancistas, y se decidan a dejarlos por nosotros, sometiéndose completamente a nuestra dirección y consejos.

9.º Es preciso hacer que consten todos los medios de la Sociedad nuestra a los príncipes y prelados y a cuantos puedan prestar mucho auxilio a la Sociedad, después de ha-

berles manifestado la trascendencia de sus grandes privilegios.

10. También será útil demostrar con prudencia y destreza el poder tan amplio de que dispone la Compañía de Jesús para absolver aun en los casos más reservados; dispensar del ayuno y de los derechos que se deben pedir y pagar en los impedimentos matrimoniales; todo ello comparado con el mediano poder de los demás religiosos, y se verá que ello hará que recurran a nosotros muchas personas que nos quedarán agradecidas.

11. Es también muy útil convidar a las gentes a los sermones, cofradías, arengas y declamaciones, etcétera, componer odas y alabanzas en honor suyo, dedicarles actos literarios y festejos, y si se ve que puede dar provecho ofrecerles comidas y agasajarlos de distintos modos.

12. Será muy conveniente tomar a nuestro cuidado la reconciliación de los grandes en las riñas y enemistades que los dividan, pues de este modo entraremos, poco a poco, en conocimiento de sus más íntimos amigos y secretos y luego serviremos a aquel de los partidos que más en favor nuestro se presente.

13. Si al servicio del monarca estuviese algún enemigo o extraño de nuestra Compañía, hay que procurar por nosotros mismos, o mejor aún, por terceros, que se vuelva aliado nuestro, empleando para ello toda suerte de promesas y regalos, que deben ser recibidos por aquél de manos de su príncipe o monarca.

14. Nadie que haya pertenecido a la Compañía y que haya salido voluntariamente de ésta, debe ser recomendado por ninguno de nosotros a ningún príncipe, monarca u hombre grande. Ese ente, por más que lo disimule, lleva siempre un odio inextinguible hacia nosotros.

En fin, procure cada uno buscar los medios para granjearse el cariño y favor de los principales y poderosos y de los magistrados de cada población, para que cuando se ofrezca una ocasión a propósito hagan cuanto puedan con eficacia y buena fe en beneficio nuestro, aun contra sus parientes, aliados y amigos.

(Continuará.)



COLECCIONADORES DE CARGOS

Cada día vemos con más pura unión el criterio de que la República se ha hecho para unos cuantos amigos. El último botón de muestra lo tenemos en el Sr. Madariaga, que había hallado el modo de ser no sabemos qué cosa en Washington, y no sabemos cuál otra en Madrid. Ahora, el Sr. Madariaga ha encontrado manera de triplicarse y va de agregado a no sabemos qué otra cosa en Ginebra. Esperamos aumentar aún la lista de las compatibilidades del señor Madariaga, que si no es socialista merece serlo.

El milagro milagroso...

Cuadro I

El señor de la Blancanieve, un anciano respetable y profundamente piadoso, convesa con su protegida, la bellísima Adina, acerca de la soledad en que viven. Es preciso que un hijo alegre su hogar, monótono y triste; pero, ¡ay!, la naturaleza les niega tan legítimos goces. Adina y su protector se aman lealmente y, sin embargo, su amor no fructifica, es un amor estéril que se extinguirá como el sol sobre un yermo. El señor de la Blancanieve tiene una idea portentosa: hacer una peregrinación a cierto santuario célebre en la historia del milagro. El cielo no desoír los votos de este protector infeliz y generoso, y Adina tendrá el hijo que desea. Y abrazando tiernamente a su protector, parte el señor de la Blancanieve para el famoso santuario una templada mañana de agosto, mientras la bellísima Adina sueña ya con las nobles delicias maternas y se ve inclinada sobre una cuna en la cual duerme el fruto... del milagro.

Cuadro II

Adina tiene admiradores. Su belleza sugestiva, firme y cada día más lozana, no ha podido pasar inadvertida en este valle de lágrimas, donde existen tantos corazones hirvientes de ternura, y apenas abandonó su vida de modista sensible y clorótica, por la protección del señor de la Blancanieve, se desarrolló su cuerpo y lució en sus ojos la alegría del buen mantel y el excelente vestuario, amén de otros lujos, empezaron a lloverle cartas inflamables que había que coger con pinzas para no tostarse los dedos. Pero Adina es agradecida y fiel por temperamento, y no quiso amargar los últimos años de la existencia de su protector con un abandono inesperado. Sin embargo, el señor de la Blancanieve quería tener un hijo, el hijo de su amor, para dedicarle su ternura y sus riquezas, y Adina bajó la cabeza ante esta indicación providencial. Y en efecto, en cuanto el señor de la Blancanieve tomó el tren, tomó Adina la pluma y escribió, solicitando que la acompañase, a cierto pintor, que si no pinta tan admirablemente como Penagos, no le va a la zaga en cuanto a guapeza y hechuras se refiere...

Cuadro III

El pintor es algo lírico, pero siempre práctico, lo cual hace que entre el lirismo de sus palabras y el positivismo de sus actos resulte un hombre verdaderamente encantador. Adina le confía sus más íntimos pensamientos y el pintor la consuela por lo pronto pidiendo entrar en su corazón, único sitio donde podrá más tarde consolarla con carácter definitivo. Adina se ruboriza. Si el pintor conociera algún remedio científico, algún invento de la farmacia moderna, ella se lo agradecería infinito, le compraría todos sus cuadros... El pintor sonríe. La farmacia moderna está a la altura de la antigua respecto de la posibilidad de hacer posible lo imposible... Sin embargo, solicita nuevamente entrar en el corazón de Adina lleno de esperanza.

Cuadro IV

Adina se aviene a todo con tal de hacer feliz al señor de Blancanieve, y el pintor entra en su corazón y en otras habitaciones de la casa, en las cuales se

instala cómodamente hasta ver si encuentra el remedio más o menos científico que Adina necesita; pero la bella dama, mujer al fin, se enamora del pintor y, al enamorarse, le revela la existencia de un producto farmacéutico de infalibles resultados: el amor. Y el amor les ilusiona durante las cinco o seis semanas que dura la peregrinación del señor de la Blancanieve al santuario famoso.

Adina comienza ya a confiar en el viaje de su protector. ¡Qué lástima! Si a su protector se le hubiera ocurrido esta idea un año antes, ¿quién sabe?... Todavía se hacen milagros...

Cuadro V

Y hubieran seguido así toda la vida si una mañana no se hubiera presentado de improviso el señor de la Blancanieve, a quien el deseo de dar una sorpresa a su protegida le dispensaba de no haber anunciado el regreso. Adina le recibe con los brazos abiertos, un poco temblorosa: la emoción, sin duda. Pero Adina es mujer afortunada, y a las pasadas horas de amor sigue esa tranquilidad del peligro conjurado y seguirán luego los goces maternos juntos con otros goces de orden económico. Aquel pintor merecía una estatua.

Cuadro VI

El señor de la Blancanieve mira a su mujer con un gesto interrogador, su eterno gesto de padre dudoso.

—¿Qué?

Adina baja los ojos y se pone encarnada. El protector los alza al cielo.

—¿Será posible?

Adina no contesta, no puede contestar; la emoción la embarga. Es feliz con el contento de haber respondido a los deseos del señor de la Blancanieve, y esta felicidad la confunde de un modo extraordinario. Al fin balbucea:

—Sí... ya estás complacido.

—¡Ya sabía yo que esta peregrinación realizaría nuestros sueños!

Fernando Amado



Un concurso inédito

Salaverría, que hasta aquí se dedicó a la cría de percebes, nos asegura muy serio que "la almeja ibérica se ha cerrado".

Para convencerle de que no, proponemos que se celebre el único concurso que nos falta. El de "Miss Almeja Abierta".

Porque nos parece que Salaverría entiende muy poco de almejas. El cardenal Segura sabe más de esas cosas.



—¡Todos, todos, todos!...

Modelo de virtud

—Acércate a la rejilla.

—Me acuso, padre Lodones, de que tengo relaciones con un chico de Sevilla.

—Si ansías el matrimonio, no temas, que no es pecado; pero, niña, ten cuidado, que a veces, tienta el demonio. ¿Le has dicho guapo?

—Jamás.

—Ya sabes que eso está feo...

—¡Ay, padre, cuando lo veo, cada vez me gusta más!

—Si de gustarte no pasa, es un simple pecadillo.

¿Hablaís?

—En el descansillo de la escalera de casa.

Yo, padre, estoy a su lado.

—¿Y hay luz?

—Sólo así, así... medio a oscuras...

—¡Ay, de mí!

De seguro que has pecado.

—No, señor.

—Mas, la escalera...

—¡Por éstas!

—Perfectamente.

—No me ha besado en la frente... una sola vez siquiera.

—Así me gusta, hija mía, sigue la virtud en pos y reza, devota, dos o tres Salves cada día.

(No he visto otro caso igual; tener así la ocasión y no darle tentación de ser esclava del mal.)

¿Y desde cuándo, cristiana, sostienes las relaciones?... Dímelo...

—Padre Lodones...

¡Desde ayer por la mañana!

J. Roqués

La leyenda de Villacorral

Villacorral es un pintoresco pueblecillo enclavado en la sierra de Gata. Además del aire puro y vivificador, amén del delicioso olor a tomillo, romero y mejorana que por sus contornos se respira, tiene Villacorral una característica maravillosa: todas las muchachas son bonitas.

En Villacorral hay, además, el indispensable riachuelo con su buena cuarta de agua, la ermita de rigor, enclavada a las afueras del pueblo, al otro lado del río, y la inevitable leyenda.

Leyenda que, por cierto, no trata de brujas ni de aquelarres, ni habla de palacios encantados con princesitas rubias y gusanos saltarines. La leyenda de Villacorral es más "sustanciosa".

Hay en el pueblo la costumbre de celebrar la noche de San Juan encendiendo las clásicas hogueras. Mozas y mozos pasan la noche danzando alegremente cabe las rojas llamas, entonando canciones populares. Y luego, al amanecer, cuando los estómagos están repletos de vino y los pechos preñados de deseo, mozos y mozas se dirigen a la ermita, cruzando el río.

La leyenda de Villacorral empieza aquí.

En el riachuelo hay, a guisa de puente, una hilera de guijarros redondos, constantemente laminados por las aguas y, como consecuencia de esto, escurridizos como si los hubieran frotado con jabón. Por ese puente han de cruzar, sin quitarse los zapatos de afilados tacones, las mozas solteras del pueblo; la que llega a la otra orilla sin escurrirse es, según la leyenda, casta y pura. La que, por el contrario, tiene la desgracia de dar un resbalón, es señal inequívoca de que en su vida de soltera ha cometido algún vituperable desliz.

Y es de ver cómo cruzan las mozas por el puente de guijarros, sofocadas por la pasada noche y temblando de miedo por si se les va un pie!... Las que salen triunfantes de la prueba son recibidas por los mozos con aplausos y vitores; las que no guardan bien el equilibrio son objeto del escarnio y de la rechifla popular.

Yo estuve unos cuantos meses en Villacorral y tuve ocasión de presenciar el paso de las mozas por el escurridizo puente.

Había en el pueblo un ama de cura, solterona, con sus cuarenta corridos, que abominaba de los hombres y se jactaba de haber despreciado a más de cien. Había también un sacristán tremendamente afeminado, que se vanagloriaba de despreciar a las mujeres, y pregonaba satisfecho que él en su vida había pensado en otra cosa que en tocar a misa. Ama y sacristán eran solteros; ni una ni otro querían nada con el otro sexo.

Estos dos tipos asistieron el año de referencia a las clásicas hogueras de San Juan. Ambos se divertieron a

su modo; ella entre las mozas de su predilección, él entre los más tiernos y rubicundos mancebos del pueblo.

Y llegó el amanecer, apuntó el nuevo día y, con él, llegó el momento de rendir el anual tributo a la leyenda de Villacorral.

Los mozos se instalaron en ambas orillas del arroyuelo. Las mozas, jadeantes y ruborosas, se preparan a hacer equilibrios sobre los malditos guijarros para que no cupieran dudas sobre su castidad.

Pasó la primera y... resbaló; igual aconteció a la segunda, a la tercera y a la cuarta... El pitorreo iba "in crescendo". ¡Oh, la virginal pureza de las mozas de Villacorral!

Cuando aún no había pasado sin resbalar ninguna moza, le tocó el turno al ama del cura. De los doce guijarros que pisó la recalcitrante soltera, resbaló en diez. La rechifla fué indescriptible.

Pero aún me quedaba algo más pintoresco que ver ¡El paso del sacristán!

Entre la general chacota, y detrás de dos mozas que por casualidad no habían resbalado, el afeminado "sacris" puso el pie en el primer guijarro.

Un resbalón tremendo, definitivo, inició la serie de tropiezos y de caídas. El buen sacristán, pálido, tembloroso, resbaló en los doce guijarros de que se componía el puentecillo.

Y cuando el sacristán llegó a la otra orilla, yo, desde la opuesta, salí corriendo en dirección del pueblo, dispuesto a abandonarle aquel mismo día, pues el endemoniado sacristán se había pasado la noche dirigiéndome miradas incendiarias...



El cura.—¡Nada de velas, que se consumen estúpidamente! ¡Lo que vale la vela, en dinero!

Obispos y jesuitas

La expulsión de los jesuitas de España, dictada por Carlos III, mereció la aprobación y el aplauso de varios obispos.

He aquí algunos de aquellos juicios, cuya lectura recomendamos ahora a los ministros del Gobierno provisional, inactivos en asunto de tan apremiante justicia:

"Por la paz de la Iglesia, por el bien de la República, por la tranquilidad de los pueblos, por la felicidad del Estado y por la seguridad de la preciosa vida de las sagradas personas de los soberanos, juzgo que se halla Carlos III en la obligación y el caso preciso de pedir a la Santa Sede la extinción y abolición total de los jesuitas, quienes han incurrido en la nota de infamia pública a causa de sus desórdenes continuados.—El arzobispo de Zaragoza."

"Protestando ante el Rey y ante Dios, cuya imagen crucificada tengo a la vista, no decir cosa que no juzgare verdadera y oír sin pasión alguna, como próximo por mis años a comparecer en el tribunal divino, envío mil veces gracias a mi soberano por el extrañamiento de los jesuitas, a fin de lograr la tranquilidad de los pueblos y vasallos, la conservación de la pureza de la fe, piedad y religión, pues a todas estas felicidades se oponen las ideas y políticas de los expulsos.—El obispo de Mondoñedo."

"Lauro inmortal de Carlos III será en los venideros siglos la expulsión de los jesuitas, obra reservada por Dios al espíritu de dicho gran rey, como la expulsión de los moros a sus augustos antepasados.—El obispo de Zamora."

"El jesuitismo es una institución que parece sólo enderezada a extirpar la doctrina evangélica, destruir el episcopado, destronar a los reyes y dominar el mundo, aun a costa de abandonar la fe divina y humana.—El obispo de Segorbe."

"Aun prescindiendo de los motivos reservados, la notoria mala doctrina y conducta de los jesuitas, y la evidencia de ser incorregibles, dan públicas suficientes causas para el extrañamiento.—El obispo de Barcelona."

Mingo Revulgo

Reuma-Artritis-Catarros

Cura ideal de aire y reposo

Termas Pallarés

Informes, dirigirse directamente:

TERMAS PALLARES.—ALHAMA DE ARAGON

No puede ser, pero...

Las cosas que ocurrirían en España si volviera el cardenal Segura.

Diría la Prensa:

"El Gobierno, de acuerdo con el Parlamento, ha resuelto que el cardenal Segura vuelva provisionalmente a la silla primada de Toledo hasta tanto que se resuelva la situación religiosa dentro de la ley de la República."

Una exclamación unánime daría a entender que España se horrorizaba.

"El Debate" escribiría:

"Se ha impuesto la sensatez en el Gobierno. Siga por ese camino, y Dios se lo premiará."

Los canónigos de Toledo, que ahora pueden tomar su café tranquilos, se tirarían de los pelos y exclamarían indignados:

"Si, al menos, tuviéramos la suerte de podernos retirar también nosotros, con todo el sueldo, como los militares..."

Los vasconavarros de la derecha "trabucaire" empezarían a sacar sus pendones, su artillería de montaña y esas escuadrillas de aviones que les han comprado los aristócratas de la frontera, según ciertas referencias de los tartarines de la información clerical; y D. Juan se haría las uñas en Fontainebleau, por si era preciso representar otra vez "dignamente" a la familia al frente de los destinos españoles. Por su parte, lo primero que haría el cardenal sería volver a Guadajara para tener el gusto de salir esta vez del hotel por su propia voluntad.

Los diarios republicanos empezarían a hacerle la vida imposible al recién llegado. El que menos, le llamaría analfabeto. Y el que más... ya pueden ustedes figurarse'o.

En la primera pastoral volvería a meterse Segura con la República, y el Gobierno, ni tan corto ni tan perezoso como en otras cuestiones, le volvería a echar. Pero ya en conducción ordinaria por carretera.

Y "El Debate" gritaría: "¡El Gobierno ha perdido la cabeza!", cuando eso significaría recobrarla.

Y los canónigos de Toledo volverían a frotarse las manos de gusto y añadirían a su café de todas las tardes una copa de buen benedictino.

Y los vasconavarros de la derecha "trabucaire" enfundarían de nuevo sus pendones, desharian, para venderlas como hierro viejo, sus piezas de artillería y les dirían a los aristócratas de la frontera que



El cura rural. — ¡Y eso que El dijo que todos seríamos iguales!

en vez de escuadrillas de aviones les enviaran algún dinero y un método rapidísimo para aprender el francés.

En bien de unos y de otros y de él mismo, es mejor que se quede en donde está.

Arturo Mori



El diputado y el actor

Entra en el Lyon d'Or un diputado socialista de los nuevos, y se acerca a una mesa que rodean varios actores, a uno de los cuales conoce.

La conversación se generaliza, y de pronto el diputado socialista pregunta a uno de los contortulios:

—¿Y la Fulana? (Aquí el nombre de cierta tiple, popular para el público de Martín.) ¿Qué vida lleva ahora?... ¿Usted sabe si está en Madrid?

—Sí, señor: en Madrid está—contesta el interrogado.

—¿Y dónde vive?

—Calle de... Tal, número... tantos.

El diputado saca papel y lápiz, y escribe. Entonces el informador le interrumpe:

—Señor, es mi mujer.

El diputado, mirándole con gran tranquilidad, contesta:

—¡Toma! Pues podía usted haberme dado su tarjeta.

La cleroocracia y los "Evangelios chicos"

El Diablo a los suyos quiere. Bienes de campana, dálos Dios y el Diablo los derrama.

Bienes de campana, si florecen no granan.

Al fraile, como te faz, faile.

Abad y gorrión, malas aves son.

Las monjas en primavera, uno dentro y otro fuera.

Dios te guarde de delantera de viuda, y de la trasera de mula, y de lado de carro, y del fraile de todos cuatro.

Abad muy cerrero, no le traigas a tu otero.

"Dóminus providebit", decía el cura, y arrastrábale la mula.

Monjas, frailes y p... pajes, todos vienen de grandes linajes.

A fraile pedidor, cristiano negador.

El Diablo es el cura, que hace parir en clausura.

Monja para hablar, fraile para negociar, jamás se vido tal par.

Beatas con devoción: las tocas largas y el... ladrón.

El cura de Cantaracillo, primero fué toro, después, novillo. (Y explica Co-reas: "Era toro en pretender los amores de una moza, y un hermano de ella lo cogió y lo castró".)

Abad sin manceba, arado sin mancera.

Fray Lillo

Tanto los precios nos subes que están llegando a las nubes

Subieron las patatas... Y chitón.
Ha subido el aceite... Y punto en boca.
Se anuncia la subida del pan... Y a la otra puerta.

¡Estupendo! Nadie se mueve, nadie chista... Diríase que los vecinos de Madrid tienen todos cuenta corriente en el Banco de España.

Antes, apenas se anunciaba la subida de algo, todos los periódicos ponían el grito en el cielo. La Casa del Pueblo organizaba campañas "pro subsistencias". Cordero tiraba de repertorio y no dejaba panadero con cabeza. Saborit atiplaba el tono y ponía verdes a los intermediarios. Lucio Martínez se subía a la parra—y de ahí viene sus conocimientos agrarios—y aquello era para escalofriarse...

Un mitin, dos mitines, tres mitines... A los pocos días, la manifestación de rigor... Se apedreaban las tahonas... Cargaban los guardias... Venía la interpelación en el Congreso... ¡Y bajaba el pan! ¿No había de bajar? ¡Infalible!

Pero, ¡ahora! ¿Qué le importa a la Casa del Pueblo la caréncia, teniendo problemas tan interesantes como el de la sindicación? ¿Quién se mete en harina, habiendo, como hay, consorcio del pan? ¿A qué mezclarse en estos asuntos, que son propios de los Comités paritarios?

¿Suben las patatas? ¿Que suban! ¿Sube el aceite? Bueno... ¿Sube el pan? Tal día hizo un año... Cordero ha de asistir al Congreso; para eso es jefe de la minoría... Saborit no puede faltar al Ayuntamiento; para eso es alcalde consorte... Los diarios de cámara no pueden ocupar sus columnas en materia de subsistencias; para eso han de llenarlas con las sesiones de Cortes, y les falta espacio.

¿Que entre unas cosas y otras cunde el descontento público? Ya se guardará el descontento... Con decirle que es "derrotista", asunto terminado... ¿Hay vista o no? ¡Entonces!...



¿Por qué, por qué será todo esto?

¿Por qué continúa existiendo en la España republicana el costoso cargo de patriarca de las Indias, tan absurdamente anacrónico en un país que no tiene Indias patriarquizables? ¿Será porque el poseedor del enchufe fué patriarquizado por el patriarquizador cardenal Segura, su gran amigo?

¿Por qué ocurre que los "sociolitos", ayer defensores del consorcio de la carne y del otro del pan, quieran hoy apoderarse de la fabricación paniega en Madrid? ¿Será porque el ex laborioso ex obrero ex panadero señor "Ferroni", gran acaparador de cargos, quiere que su colega Henche siga sus huellas de escalatorres enchufista?

¿Por qué se calla que hace pocos días la Telefónica resolvió añadir bastantes miles de pesetas a los suculentos miles de pesetas que allí cobran algunos de sus altos empleados no técnicos? ¿Será porque estamos en época de auteridades?

—¿Por qué viene tan blanda la Pren-

sa respecto a las responsabilidades de la Dictadura? ¿Será porque Berenguer tiene mano de santo para crearse amigos bondadosos?

—¿Por qué no dice alguien, autorizadamente, que pinchan en hueso los patriotas diputados que quieren subir las dietas a 1.500 pesetillas? ¿Será porque los camaradas "sociolitos" tienen aún pocos enchufes en este mundo pecador?

—¿Por qué no se dice que los ministriles de la Dictadura deben devolver las 40.000 del ala que cobraron ilegalmente? ¿Será por obra del mismo espíritu republicano, que permitió a casi todos ellos escaparse con sus millones?

—¿Por qué se ha echado tierra sobre las revelaciones del "Fecé" sobre el pistolero?

¿Será por la misma causa que permite a Martínez Anido no presentarse cuando le llamó el ministro de la Guerra?

—¿Por qué ha sido el monárquico Ossorio, no una de las fieras corruptas con acta republicana o socialista, quien lamentó en las Cortes que siguiesen sin procesar a los delincuentes de la Dictadura? ¿Será porque todos somos republicanismos, pero la capa no aparece a la hora de la verdad?

—¿Por qué ocupan las cumbres de la Justicia los Medina, Elola, Abarrategui, etcétera, etc., etc., etc., que fueron secuaces de la Dictadura borbónica? ¿Será porque el serafico Fernando de los Ríos cree, como Besteiro, que la Dictadura merecía ser ayudada y servida?

—¿Por qué la República de Maura, Galarza y Largo Caballero piensa de los derechos personales igual que pensaba la Monarquía de Maura (padre), Cierva y Espíritu Santo? ¿Será porque Berenguer y Mola eran también republicanos del Corazón de Jesús?

—¿Por qué tienen automóvil oficial hasta los chuchos de las dependencias ministeriales? ¿Será porque aún no están repuestos algunos de la sorpresa de verse convertidos en personajes?

—¿Por qué los republicanos tenemos tan presente aquella escoba de la célebre caricatura electoral de Bagaría? ¿Será por...? Sí, puede que sea por eso; pero también es porque lo de la barredura en pelo nos resultó tomadura del ídem. Todo se ha transformado por el bonito sistema del cura que en Cuaresma decía: "Pavo, hágote besugo." Pero no, no mentemos los besugos. Es el pez sagrado de nuestra República.

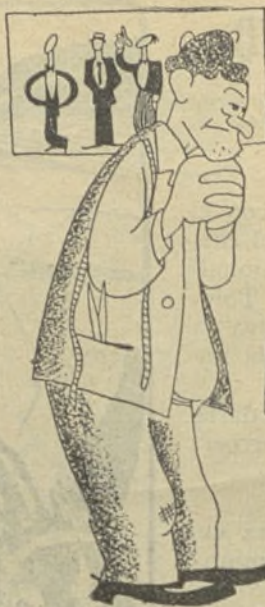


UN ARGUMENTO GRACIOSO

Entre los telegramas recibidos por don Niceto contra la posible, pero no probable expulsión de los frailes, hay uno muy gracioso.

Dice que debe conservarse a los frailes para que no disminuya el aumento de la población española.

Y lo firman un montón de señoras, ¡Las hay ingenuas, señores frailes!



Don Indolecio.—No pué ser, maestro Auriol... Por mucho que me diga usted, me está ancha.

TEMAS DEL MOMENTO

No conocemos situación momentánea más difícil que la del gobernador de Sevilla, señor Bastos,

Como ustedes saben, ha presentado la dimisión al ministro.

Veinte mil sevillanos le piden que se quede.

Veinte mil sevillanos le piden que se vaya.

No intentamos abrumar la conciencia del ministro, empeño demasiado difícil; pero la verdad...

Si ahora que se dice llegada la hora del reparto, un día los sevillanos se reparten a su gobernador, ¡cuán grave no será entonces la responsabilidad del ministro!

El lunes, en un tranvía de la Fuente-cilla le quitaron a un linotipista de nuestros talleres la cartera con cien pesetas. ¡Esos carteristas!...

¿Por qué, en vez de quitarse a un trabajador, no se la han quitado a cualquiera de los ministros?

"El Socialista" se escandaliza porque unos comunistas recorren la provincia de Toledo soliviantando a aquellos campesinos con propagandas irrealizables. ¡Cielos!... ¿Qué dirán esos comunistas?

Porque durante el período electoral los socialistas soliviantaron a los campesinos toledanos prometiéndoles que, en cuanto las elecciones se verificasen, les repartirían las tierras y las cabezas de ganado y los granos guardados en las trojes.

El martes, no sé dónde, ciertas cosas con asombro escuché...

"Más de cincuenta veces... Don Niceto... [ceto...]

Con ilusión... ¡Muy bien!"

Los que sabéis las cosas de la vida mi asombro calculad...

¡Más de cincuenta veces (¡caracoles!) Don Niceto, a su edad!

Supe después que hablaban de razones que algún ministro dió

para dejar el cargo... ¡Vaya, vaya! ¡Vaya el hombre condíos!

Pasillos del Congreso

Miguel Maura y José Ortega y Gasset.
—Créalo usted, Pepe. En el arte de gobernar no debe ponerse filosofía. El arte de gobernar es como el del torero.
—No comprendo...
—Pues es clarísimo. Viene el toro, se quita usted... No se quita usted, le quita a usted el toro.

Unamuno y don Carlos Blanco.
—No sé, don Miguel... Como dice Ossorio, hay dos políticas: la republicana y la de buena fe.
—Ninguna es la suya.

Samblancat y Sediles.
—¿Has oído lo que dicen esos, Angel? Que Albornoiz ha comido hoy con el ingeniero diputado Oreja.
—Albornoiz come ya en todas partes.

Emiliano Iglesias y Abilio Calderón.
—Sí, amigo Iglesias, sí. Yo soy un hombre "dizno", y lo mismo que a otros conservadores, no me pesa haber sido ministro con don Alfonso.
—Pero a don Alfonso sí le pesará haber tenido tales ministros.

Galarza y Salazar Alonso.
—¿Has leído "El Liberal", Angelito? ¡Magnífico artículo! Pide a los sindicalistas que sean cuerdos.
—Y si no son cuerdos, serán "cuerdas".

Dos diputados socialistas que se apellidan Alonso.
—Oye... Mira este periódico. Dice que Besteiro es "ecletico". ¿Tú sabes lo que quiere decir "ecletico"?
—¡"Ecletico"!... ¡"Ecletico"!... ¡Ah, hombre, sí!... Quiere decir que es muy vivo de genio; que se dispara... Que es "elétrico".

Nóvoa Santos y Manolo Hilario Ayuso.
—Oiga usted, Ayuso... ¿Quién es ese diputado que acaban de presentarme y que se llama Álvarez Angulo? Me ha dicho que es escritor; pero yo no recuerdo...
—Sí, hombre; es autor de un "Tratado de juego de pelota".

Companys y Ramón Franco.
—¿Has oído, Ramón, lo que decía Cordero? Que es absurdo creer que vaya a dejar a los socialistas para pasarse al partido republicano radical.
—Tiene razón, Cordero no ha sido nunca republicano ni radical.

Remigio Cabello y Fernández Quer.
—Oye, Remigio, ese diputado por Tarragona que se llama Berenguer no es el general, ¿verdad?
—¡Qué más quisía él!... Ese cobra



—Esta cruz es un exvoto del veterinario.
—Su mujer es lo que nos ha debido traer el animal.

(De La Campana de Gracia.)

pelás las mil pesetas, y al otro, además de darle el sueldo de teniente general, le damos un castillo pa que viva y se lo pagamos tóo.

Pildain y Basilio Alvarez.
—Todos estos hombres terribles que desde la oposición se meten con los monopolios, cuando alcanzan el Poder se meten en los monopolios.

El vampiro de Düsseldorf y el vampiro de Annual

Fernández Flórez hace un largo artículo en *A B C* elogiando "la terrible voluptuosidad sádica" del vampiro de Düsseldorf, y envidiando al pueblo en que nació.

¿Por qué esa envidia?
¿Es que en España no tenemos al vampiro de Annual?

El vampiro de Düsseldorf, a lo largo de toda su carrera, sólo ocasionó treinta víctimas.

El vampiro de Annual, que en su carrera, no más larga en el tiempo, tuvo muchos días de la misma terrible voluptuosidad sádica, en un solo día ocasionó 11.830 víctimas.

Con toda seriedad protestamos de que un español, por reaccionario que él sea, elogie al país que produjo al vampiro de Düsseldorf, olvidando la gloria de haber nacido en el país que guarda en conserva, con todos los honores que le corresponden, al vampiro de Annual.

Nos se figura, como dice don Abilio Calderón, que ese modo de olvidar la grandeza ajena para elogiar las insignificancias extrañas es una nueva forma de delito que debiera articularse.

¿Qué color prefiere usted?

Maura chico.—Yo, el rojo sangre.
Don Presidente.—El color tórtola cándido y el azul purísima.

Galarza.—El de mis hercúleos guardias de asalto.

Nicoláu.—El lila subido. (Subido en una cartera.)

Largo Caballero.—Amarillo, sí; amarillo, no.

Araquistain.—En las eficacias coloristas conviene distinguir lo subjetivamente objetivo de lo objetivamente subjetivo. Pero antes analizaremos un capítulo de Engels que...

Segura.—El de la bilis apostólica.
El obispo Múgica.—¿A mí? ¡El de los diablos encendidos, y, ¡ay!, el de mis dulces ovejas místicas!

El P. Eijo.—Yo soy nominativo, ¿sabe? Quiero decir, del color de la nómina. En Vizcaya preferí el color bizkaitarra; hoy, el tricolor; mañana... dependerá de la raja que saquemos de la República.

Ruiz Trillo.—¿Qué color prefiero? ¡Prum! ¿Y me lo preguntan ustedes todavía?

Signor Ferroni.—El de la blusa que usé cuando trabajaba.

Ortega y Gasset (D. Filósofo).—El arco iris. Soy preciosista al servicio de la República. Y ¡basta!

El nuncio.—A nosotros, señor, nos lo dicen los Evangelios: el color de los camaleones.

Clarita Campoamor.—El contrario del que prefiere la Kent.

Victoria Kent.—El contrario del que diga Clarita.

Besteiro.—Según. Ahora me gusta el color republicano. Antes... Pero el pasado no tiene importancia en nuestro partido.

Prieto.—¡Oh, dioses! El color del éxito.

Baeza Medina.—Voy a reunir la minoría para saber qué puedo contestar.

Lerroux.—¡Hombre! Eso no se pregunta. Acabo de presidir un concurso de señoritas para elegir una "M^{ss} República". ¡Y había cada "maillot"!

Pedro Rico.—¿Qué les ha respondido Sabarrit?



LAS AMISTADES DEL PRESIDENTE

—Dios dijo: "Perdona para que te perdonen". Nosotros perdonamos siempre, señor presidente. Hay que olvidarlo todo.

—Sí, padre, sí. Tan así lo creemos mis compañeros de Gobierno y yo, que ya nos hemos olvidado de que continúan ustedes en España haciendo lo que quieren.

JUDICATURA

Convocadas 60 plazas. Textos y preparación en el "INSTITUTO REUS", PRECIADOS, 23 y PUERTA DEL SOL, 13. Regalamos prospectos.

La religión al alcance de la comprensión de todos

Creación del Universo según las Sagradas Escrituras.—Errores evidentes que demuestran que la Biblia no fué escrita por inspiración de Dios.—Insignificancia palpable de nuestro mundo, el cual no es más que uno de los infinitos millones de mundos.

Copiamos literalmente cómo la Biblia, o sean las Sagradas Escrituras cristianas, refieren la creación del Universo. Las palabras son las mismas usadas por el reverendo padre Scío en su traducción al castellano de dichas Sagradas Escrituras, traducción aprobada y recomendada por el Papa Pío VI y que es la única admitida como buena por los sacerdotes de la Iglesia católica apostólica romana de España.

Capítulo I.—1. En el principio creó Dios el cielo y la tierra.

2. Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo; y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

3. Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y fué hecha la luz.

4. Y vió la luz, que era buena. Y separó a la luz de las tinieblas.

5. Y llamó a la luz día y a las tinieblas noche; y fué la tarde y la mañana un día.

6. Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas: y divididas aguas de aguas.

7. E hizo Dios el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y fué hecho así.

8. Y llamó Dios al firmamento cielo; y fué la tarde y la mañana el día segundo.

9. Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar y descúbrase la seca. Y fué hecho así.

10. Y llamó Dios a la seca, tierra, y a las congregaciones de las aguas llamó mares. Y vió Dios que era bueno.

11. Y dijo: Produzca la tierra hierba verde, y que hace simiente, y árbol de fruta que dé fruto según su género, cuya simiente esté en el mismo sobre la tierra. Y fué hecho así.

12. Y produjo la tierra hierba verde, y que hace simiente según su género, y árbol que da fruto, y que cada uno tiene su simiente según su especie. Y vió Dios que era bueno.

13. Y fué la tarde y la mañana el día tercero.

14. Dijo también Dios: Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el día y la noche, y sean para señales, y tiempos, y días, y años.

15. Para que luzcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra. Y fué hecho así.

16. E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día, y la lumbrera menor para que presidiese a la noche; y las estrellas.

17. Y púsolas en el firmamento del cielo para que luciesen sobre la tierra.

18. Y para que presidiesen al día y a la noche y separen la luz y las tinieblas. Y vió Dios que era bueno.

19. Y fué la tarde y la mañana del día cuarto.

20. Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptil de alma viviente, y ave que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.

21. Y crió Dios las grandes ballenas y

toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas según sus especies, y toda ave que vuela según su género. Y vió Dios que era bueno.

22. Y las bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar; y las aves multiplíquense sobre la tierra.

23. Y fué la tarde y la mañana del día quinto.

24. Dijo también Dios: Produzca la tierra alma viviente en su género, bestias y reptiles, y animales de la tierra según sus especies. Y fué hecho así.

25. E hizo Dios los animales de la tierra según sus especies, y las bestias, y todo reptil de la tierra. Y vió Dios que era bueno.

26. Y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.

27. Y crió Dios al hombre a su imagen: a imagen de Dios lo crió: macho y hembra lo crió.

28. Y bendíjolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.

29. Y dijo Dios: Ved que os he dado toda hierba que produce simiente sobre la tierra, y todos los árboles, que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento.

30. Y a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hay alma viviente, para que tengan que comer. Y fué hecho así.

31. Y vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas. Y fué la tarde y la mañana el día sexto.

Capítulo II.—1. Fueron, pues, acabados los Cielos y la Tierra y todo el ornamento de ellos.

2. Y acabó Dios el día séptimo de su obra, que había hecho: y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho, etcétera, etc."

Dejemos descansar a este Dios que se cansa, el día séptimo, octavo, noveno, etc., y examinemos un poco qué especie de creación es la que nos cuentan que declaró Dios mismo ser la verdadera.

Desde luego que Dios creó el Cielo y la Tierra, o mejor dicho, la materia de que debía formar el Cielo y la Tierra (puesto que todavía no existía ni una cosa ni otra), en el principio, es decir, desde la eternidad, lo que demuestra que Moisés, por muy ignorante que fuese en ciencias, tenía bastante sentido común para comprender que, no teniendo principio Dios, no podía tampoco tener principio la materia de que está formado el Universo, contrario a lo que dice la Iglesia romana, de que Dios creó el mundo de la nada cuatro mil años antes de Jesucristo. De lo cual forzosamente vendría a resultar que algunos de los monumentos que existen en Egipto desde hace más de seis mil años, fueron fabricados antes de la creación del mundo.

Si lo que las escrituras nos cuentan es verdad, es una cosa clara que su Dios no formó antes el Universo, porque no supo por dónde empezar. Su Dios, hemos dicho, se hallaba provisto de materiales; pero el que tengamos ladrillos y cal no quiere decir que tengamos una casa; y de esto nos informa la Santa Biblia, asegurándonos que la Tierra, o mejor dicho, la materia antedicha (puesta que todavía no había Tierra), estaba desnuda y vacía. (Vers. 2.) ¿Por qué estuvo ese Dios, desde la eternidad, sin fa-

bricar su Universo? Porque entre la materia creada no había ninguna luminosa, y por lo tanto, Dios estaba a oscuras, según nos lo afirma la Santa Escritura, diciéndonos que las tinieblas estaban sobre la faz del abismo. (Vers. 2.) Acaso se dirá que Dios no necesita luz para nada; sí, pero eso es Dios, lo cual es una cosa muy diferente del Dios de las Sagradas Escrituras, porque éste necesita no sólo de luz, sino de otras muchas cosas que necesitamos los mortales, como vamos a probarlo.

El espacio infinito, por el que viajamos en el capítulo anterior, está lleno de agua, según las Sagradas Escrituras, porque aquel Dios era llevado sobre las aguas. Esta es la traducción del padre Scío, pero más natural sería decir entre las aguas, lo cual estaría más conforme con lo que luego veremos. Resulta de aquí que el Dios de la Biblia no debería tener forma de hombre ni de paloma, sino de pez. Este Dios, en medio del agua y la oscuridad, reflexionaba diciendo: "Necesito luz para trabajar, porque si no, puedo equivocarme; pero si empiezo por hacer el Sol, se va a apagar en medio del agua". En esta dificultad se hallaba desde la eternidad, cuando se le ocurre la idea de hacer la luz antes de hacer el Sol, y al efecto exclama: Sea hecha la luz. (Vers. 3.) Y en el acto quedó iluminado aquel estancque inmenso.

Como, naturalmente, aquel Dios nunca había visto la luz, quedó agradablemente sorprendido del buen resultado de su mandato, y de eso nos informan las Sagradas Escrituras, diciendo así: Y vió Dios que la luz era buena (Vers. 4), que es precisamente lo mismo que nos parecería a nosotros si hubiésemos estado tanto tiempo a oscuras. Lo que no nos parece tan bien es lo que a continuación se dice de que separó la luz de las tinieblas. (Vers. 4.) De esto se deduce que entonces se podía mezclar la luz y las tinieblas, cosa que hoy sería imposible, porque estará más o menos claro, o más o menos oscuro, pero estar claro y oscuro al mismo tiempo, que es lo que resultaría de esta mezcla de luz y oscuridad, podría suceder en aquellos tiempos en que las culebras y las burras hablaban, según nos dice la Escritura; pero hoy es más difícil.

Algunos doctores de la Iglesia aseguran con mucha gravedad que separar la luz de las tinieblas quiere decir separar el día de la noche, lo cual no es así, pues el texto dice, del modo más terminante, que "creó la luz, la separó de las tinieblas y después fué que la llamó día". Para que los sabios doctores afirmasen la verdad, sería preciso que la Escritura dijese: creó la luz y la llamó día. La causa de esto es que Moisés era de los que creían que había cuerpos que producían oscuridad, del mismo modo que otros producen luz; y que siendo la luz y las tinieblas dos cosas distintas, podían mezclarse como quien mezcla café con leche. De este mismo modo vemos a mucha gente imaginarse que el frío y el calor son dos cosas diferentes, siendo así que no existe el frío, sino más o menos calor.

Lo original es que, después de crear la luz y de tomarse el trabajo de separarla de las tinieblas, y a pesar de ver que era buena, la destruyó para formar la noche, o, como ha traducido el reverendo padre Scío, la tarde (Vers. 5) del primer día; porque claro está que, si no hubiese anochecido, no se habría acabado el día, y la única manera de anochecer era destruyendo nuevamente la luz. Doctor de la Iglesia ha habido que se ha vuelto loco tratando de explicar qué especie de luz era aquella que no venía ni del sol ni de las estrellas, y qué especie de días y noches no podían ser como los de ahora.

(Continuará).

LA INDUSTRIA DE LOS MILAGROS

Entre los recuerdos que difícilmente se borrarán de mi memoria figura una larga temporada que hube de pasar, cuando aún era mozo, en uno de los más bellos parajes del mediodía de Francia.

En la población donde residía, Oloron-Ste Marie, próxima a Pau, conocí a un famoso aristócrata, figura preeminente del partido legitimista francés, quien, hablando con mi familia y con dos o tres personas más, una de ellas abogado de gran renombre en la vecina República, contó de qué manera se solucionó una agobiadora crisis económica mediante hábil superchería, explotando la credulidad de gentes poco avisadas unas, ignorantes otras y maestras en picardía bastantes.

Era una región francamente pobre, de escasa o ninguna industria, y a donde nadie iba sino de paso u obligadamente. Y varios hombres de fértil ingenio y aguda psicología, acuciada por la codicia, se dieron a pensar de qué manera se podía convertir la estrechez en holgura, la pobreza en opulencia y la angustia en euforia.

Bello el país, buscaban la forma de atraer la extraña atención y fomentar el turismo; pero como por aquellos tiempos eso del turismo no tenía ni aceptación ni desenvolvimiento, uno de los arbitristas expuso que la gente sólo lo mueve el interés o el sentimiento fanático de la religión, y a tal propósito recordaba las grandes peregrinaciones en que millares y millares de hombres y mujeres se desplazaban de sus hogares, no estimulados por el ansia bella y generosa de conocer mundo y relacionarse con otros seres de distinta nacionalidad, sino empujados por la supersticiosa idea de que visitando tal o cual lugar donde se venera esta o aquella imagen encontrarían alivio a sus dolencias, satisfacción a sus ambiciones o la salvación de su alma y la remisión de sus pecados. Y quien tal dijera, con claro conocimiento de la historia, recordó en qué forma y, proporción fué, en la antigüedad, el peregrinaje a Santiago de Compostela, que hizo famosos no sólo el santo y el lugar, sino que creó a través no ya de España, sino de muchas naciones europeas, el "camino de Santiago", am-

plio cauce de romeros y de oro, que si no fué inagotable, se debe, muy en primer término, al espíritu xenóforo y poco hospitalario de nuestra patria grande, en general y circunscrita da mente de todas las nacionalidades de la península, que no pueden ni ver al extranjero ni aguantarse las unas a las otras.

Algún de la reunión preguntó que cómo se había hecho el prodigio de empujar el fanatismo o internacional hacia lugar tan apartado del mundo que los propios gallegos bautizaran a uno de sus cabos "Finis Terrae", y quien diere la lección histórica contó que todo se debía a que se había propalado la absurda especie de que en Compostela estaba enterrado el apóstol Santiago, superchería tan inadmisible como la de la presencia de la Virgen en Zaragoza, que fué también peregrinación fecunda en resultados económicos.

En la imaginación de aquellos hombres ambiciosos y preocupados quedaron estos recuerdos históricos como siembra caída en tierra fértil, y no pasó mucho tiempo sin que uno de ellos discurriera el milagro industrial con el cual se atrajera gente y dinero. Una muchachita enfermiza e ignorante sufría alucinaciones, asegurando, posiblemente con toda buena fe, que veía a la Virgen, a la que su imaginación vestía con cándido ropaje y azules tocas. Las mujerucas sencillas y crédulas, los pobres pastores de primitiva inteligencia, los apocados espíritus de la región, no tardaron en preocuparse con las visiones y los éxtasis de Bernardette, y aquello que debió ser objeto de unos cuidados médicos, sirvió a los ya citados arbitristas para fabricar el prodigio que había de transformar en riqueza la indigencia y en populares



—¿Has visto lo que ha contestado Miguelillo a ese condenado señor Villa, que habló de la Virgen de Ezquioga?
—¡Majete que es el chico, como su padre!

unos parajes que antes nadie visitara. Y la pastorcilla vió de verdad, ¡cómo no había de verla!, a la Virgen, y la vió tal y como la describiera después de sus ataques morbosos, porque eso se preparó con habilidad y con todo el aparejo escenográfico necesario.

Hecho el milagro, Lourdes, la comarca entera, se convirtió en un río de oro, se alzaron los edificios como por encanto, y junto a suntuosas iglesias y asqueantes piscinas milagrosas se establecieron hospederías y comercios y las más heterogéneas industrias, surgiendo por todos lados parientes y deudos de la infeliz Bernardette, que nunca se pudo imaginar el papel que le reservaran unos hombres listos y ansiosos de dinero. Más listos y acogedores los franceses, no les ocurrirá lo que a nosotros, porque ellos explotan con el mayor esmero la industria de Lourdes.

Estos ejemplos han cundido, y de vez en cuando sale algún vivo con una imagen que llora, que ríe, con una Virgen que aparece o desaparece como por escotillón, o hasta algún diablo zumbón y travieso que cesa en sus exhibiciones cuando la Guardia civil se dispone a hacerle los honores y a cogerle del rabo para llevarle a presencia de más alta autoridad gubernativa.

SEÑORA...

las CREMAS DE COLORES MARMIX; el ROJO, para las mejillas, y los tonos VERDE, AZUL, MARRON y NEGRO, para sombrear los ojos, no tienen ni parecido ni competencia...

Las CREMAS DE BELLEZA núm. 1 y núm. 2, para toilette, y la colección de los colores más adecuados al color de su piel en los EXQUISITOS POLVOS MARMIX, hace imprescindible el uso de los PRODUCTOS DE BELLEZA MARMIX a toda mujer que quiera realzar y conservar sus encantos.

De venta en las buenas perfumerías y droguerías de España los Productos

¿No probó a lavarse con la PASTA MARMIX?... Entonces no puede saber lo que es un cutis limpio. ¿No usó la LECHE MARMIX?... Tampoco sabe los efectos que produce al primer frasco, haciendo desaparecer pecas, espinillas, manchas y granos... ¿Y la CREMA MARMIX?... Apresúrese a su aplicación; que haciendo que la piel la absorba y dándosela en los párpados superiores e inferiores, verá desaparecer las arrugas de los ojos, y la sobrebarba, y si aún no tiene defectos su rostro, evitará tenerlos... Quizá tampoco conozca

MARMIX

Lo malo es que esas taumaturgias siempre se efectúan en las inmediaciones de alguna tabernucha, en apuradas iglesias o en hogares hampones y sospechosos.

Los barrios bajos madrileños, Limpías, Ezquioga, Lecumberri, son botones de muestra.

¡Y si sólo fuera esto! Lo malo es que a la sombra de tanta superstición, de tanta ignorancia, de tanto fanatismo, hay también un poco de conspiración monárquica que algunos malvados quisieran convertir en hoguera devastadora donde ardan todas las libertades y toda la civilización y el progreso de los pueblos.

Afortunadamente, todo eso acabará cuando las Constituyentes acuerden la separación de la Iglesia del Estado, la absoluta libertad de cultos y el sometimiento a las leyes comunes de cuantas asociaciones se formen con fines religiosos o no. Y lo demás lo darán de añadidura la instrucción y el progreso. Entonces se acabarán los milagros, y los hombres y los pueblos buscarán en las actividades humanas lo que ahora buscan en los prodigios celestiales.

Antonio de Lezama



La primera contrariedad de Segura

A Pedro Segura todo se le puso siempre bien. Fué cura casi sin darse cuenta, y de cura llegó a cardenal en menos que se persigna un cura loco.

Pero, al llegar a cardenal, le aguardaba en Toledo un cura, si no loco, muy tozudo y muy jaranero. El cura Morcillo.

Antes de tropezar con esta contrariedad de que el Gobierno no le deje volver a España — ¡porque al Gobierno le obliga el pueblo, que si no ya estaba aquí dentro! —, Pedro Segura supo lo que es desear una cosa y no lograrla cuando conoció en Toledo al cura Morcillo.

Morcillo bebe, alterna en los cafés, piropea en Zocólover a las mozas que lo merecen, traspasa casi como un sereno; y Segura, al informarse, tomó la determinación de obligarle a rectificar "su pobre vida descarriada".

¡Pero, sí, sí! Segura se impuso con ello una misión mucho más difícil que la de redimir, con sellos de Correos, niños igorrotos. Porque Morcillo no cedió ante ruegos ni admoniciones de su cardenal, oponiendo, ante unos y otros requerimientos, que él "no es un far-sante".

—Uno, aunque vista faldas — decía y dice Morcillo con convencimiento —, ¡es todo un hombre!

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

M. Portela Valladares.—Agradecemos la felicitación que nos envía; pero rechazamos su "abrazo de correligionario". El que ha sido monárquico lo es, como comprueba el caso de Miguel Maura.

José Gascón y Marín.—¿Que usted fué ministro porque le dijo Alba que, sin proclamarlo, deseaba ayudar a Berenguer? Lo creemos. Pero ello no nos decide a solicitar que se le abran a usted las puertas de la frontera, sino a solicitar que se le abran a Alba "las otras"...

Señores Molpeceres y Gordón.—Hemos recibido su carta, y, como en los extractos de las sesiones nunca vemos que intervengan ustedes, no nos explicamos bien por qué nos dicen que, siendo los únicos veterinarios que figuran en el Parlamento, tienen un trabajo agobiador.

Joaquín Chapaprieta.—Usted tiene la culpa de lo que le sucede. ¡Joróbese, amigo!

Urquijo (antes marqués de).—¿Que le interera a usted hacer constar que no tiene nada que ver con los jesuitas? Bueno; lo diremos. Pero le anticipamos que la gente no lo va a creer mientras se le siga viendo a usted intervenir en Bancos y en negocios.

Baldomero Argente.—Pues mire, nos sorprende que usted no se haga republicano, porque ya no faltan nada más que Gerardo Doval y usted.

Rafael Salazar Alonso.—¡Pero, hombre, Rafael, eso de que consienta usted que la Diputación gaste al mes cuarenta y tantas mil pesetas en servicios de "auto" es un horror!... ¡Usted, que antes siempre iba a pie, y generalmente sin dinero!

Antonio Goicoechea.—¿Que le digamos a usted algo? De usted no queda ya nada que decir.

César Falcón.—Sí, sí... Nos explicamos que le cause a usted sonrojo figurar en la Junta al lado de los upetistas, que figuraron también en la Asamblea primorriverista. Pero, si eso es verdad, ¿para cuándo reserva usted la dimisión?

Canónigo García Gallego.—No dudamos que sea usted "demócrata fervoroso y radical avanzado"; pero, la verdad, es usted... canónigo.



Refranes de Agosto

Hacia la Virgen de Agosto,
vuelven los frailes al regosto.
(¡Oh, qué tiempo tan hermoso!)

Veinte de Agosto,
crudo día de invierno,
siguiendo como va el Gobierno.

Pájaros de Agosto
y socialistas con momio,
gordos como tordos.

Agosto,
frío en rostro,
y Galarza haciendo de monstruo.



SABEMOS...

... que el señor Albornoz es católico de medio cuerpo para arriba y rabino de medio cuerpo para abajo.

... que el señor Ossorio tiene un sobrino, al que envidiamos, porque puede llamar tío al señor Ossorio.

DIABETES Curación infalible
con las
prodigiosas aguas de

VENTA DEL HOYO LA MEJOR
AGUA
DE MESA

Temporada oficial desde el 1.º de junio hasta el 30 de septiembre

Solicítense informes y detalles al Apartado 6, Toledo

SINCERIDAD DE VARON

El asunto desarrollado en estos renglones no tiene otro mérito que el de ser rigurosamente exacto. Y para comprender el saladísimo chiste del lance, será indispensable que el lector sepa colocarse en el momento psicológico necesario; esto es, que participe de la mística unció que arrastra a los sencillos campesinos a la iglesia y conozca el influjo decisivo, la autoridad soberana, la sugestión todopoderosa que los sacerdotes lugareños ejercen sobre sus feligreses.

En la mañana de aquel domingo la afluencia de fieles era enorme y el templo estaba, según el modismo vulgar, de bote en bote; los hombres, de pie colocados a la hila de las paredes o recostados indolentemente contra las columnas; las mujeres, arrodilladas en el comedio de la nave central, con las cabezas caídas sobre el pecho, leyendo sus libros de oraciones o repasando las cuentas de los rosarios; y aquel confuso murmullo de rezos repetidos a la sordina y con acento gangoso y plañidero, engendraba la ilusión acústica de un gran lamento monótono insoportable, ininteligible... En el altar mayor chisporroteaban varios cirios cuyas luces melancólicas se desleían en los alegres torrentes de luz cenital que penetraban por los abigarrados cristales multicolores de los ventanales.

En tal sazón subió el cura al púlpito y comenzó el sermón; un sermón bellissimo, vibrante, juvenalesco, pronunciado con todas las sugestivas tretas del arte oratorio: primero lentamente y en voz baja, para luego exaltar su vigor fortaleciendo el acento y precipitando la exposición de conceptos. El clérigo tronaba brillantemente contra los padres que educan mal a sus hijos, expresándose, no con la soporífera mansedumbre de los predicadores vulgares, sino con el ímpetu arrebatado de los apóstoles convencidos.

—Los verdaderos padres—decía—no son los que engendran, sino los que educan...

Los oyentes bajaban la cabeza con aire meditabundo y como si cada cual procurase grabar en su memoria aquellas sabias enseñanzas.

—Los niños de hoy—continuó el orador—son los hombres del mañana; en vuestras manos, por tanto, está el porvenir de las sociedades. Vosotros no lo comprenderéis así; creéis que los deberes paternales

les quedan cumplidos alimentándoles y enseñándoles el camino de la escuela y el de la iglesia... Y eso no basta; hay que inculcarles el amor al trabajo, esa gran pasión regeneradora del hombre.

Siguió perorando largo rato con una locuacidad tempestuosa; y de pronto, arrastrado por el ardor de su discurso, tuvo una explosión de ingenuidad que resultó brutal, dado el sitio en que se hallaba y su carácter sacerdotal, pero una exclamación hermosa, que ascendió a sus labios de hombre sanguíneo como un grito irresistible de su sexo:

—¡No, a los hijos no se les enseña así!—repetía. ¡Y si yo tuviese hijos alguna vez, les educaría de muy distinto modo!...

Jacinto Carmin

El diablo predicador

No, no es el reverendo Segura, ni nuestro hermano en Jesucristo fray Pedro Rico, prior de la devota comunidad de San Andrés Saborit. Este diablo predicador tiene más gracia, porque es... es "El Socialista".

Por ejemplo, comentando unas agresiones contra correligionarios suyos, declara en redondo: "No creemos que sea mucho pedir que se castigue de una manera automática la tenencia ilícita de armas, la excitación al asesinato..."

Pero de repente olvida que ahora expelle agua bendita, y en el mismo artículo aconseja: "Los camaradas socialistas deben prevenirse contra atentados de esta naturaleza; en caso de producirse, su respuesta debe ser adecuada, enérgica y fulminante."

Y es que cuando el diablo se mete a predicador, pronto enseña la puntita del rabo con la "Star".



—No tenga usted cuidado, señora. De los republicanos que se confiesan cada ocho días, no hay nada que temer.

LAS CARRERAS MILITARES

No tiene razón "La Correspondencia Militar" en la campaña de defensa de los militares.

¿Quién ha atacado aquí a los militares? Azaña, no. Azaña, reduciendo las proporciones numéricas del Ejército; sometiendo a la disciplina en que el Ejército vive en todo pueblo civil, no ha atacado a los militares, sino todo lo contrario. ¡Hay que ver el momio que supone que se les deje para mientras vivan, sin otro trabajo que cobrarlos, los sueldos a que habían llegado en sus carreras!

Y no debe olvidarse que muchas de estas carreras fueron hechas por influencia.

¡Ni tampoco las carreras que casi todos hicieron con los pies!

Coincidencias curiosas

Un día, el Sr. Niembro, padre, sacude un par de tortas en el Congreso. Al día siguiente la Policía le halla a un comunista una tarjeta del Sr. Niembro.

Otro día, el Sr. Niembro, padre, dice en el Congreso que Maura chico es una calamidad para la República. Y a las veinticuatro horas la Policía detiene a Niembro, hijo, por haber tomado parte en un mitin hace mes y medio.

Lo que dirá Fenoll: "¡Yo tenía mucho más talento inventivo!"

RAMOS

PELUQUERÍA DE SEÑORAS

Postizos. Bisoñes. Ondulación Marcel y al agua. Tintes. Manicura-Masajista. Perfumería. ONDU-

LACION PERMANENTE, 30 pesetas. MADRID: Huertas, 7. Tel. 10667.

Plaza del Rey, 5. Tel. 10839. VALLADOLID: Duque de la Victoria, 4. Teléfono 2800.

Blasco Ibáñez contra la Compañía de Jesús

El ataque de más fondo que encajaron los jesuitas en España se lo deben a Blasco Ibáñez, con la publicación de su novela "La araña negra", en 1897.

Seguramente, la Compañía tuvo mucha parte en la desaparición de casi todos los ejemplares, porque hace pocos años aún era raramente conocida. Pocos ha fué reeditada en tomos manuales. Ignoro si esta edición es fiel a la primitiva, que pasó al público en forma de "entregas".

La novela es considerable en extensión, y en ella se insinúa el estilo que el ágil colorista conduciría a un grado de extraordinaria plasticidad en sus últimas producciones de radio universalista.

Pero, dejando a un lado el análisis de los matices literarios, la tal obra llegó a la entraña de la masa como un alcaide de las tentativas anticlericales.

Eso es "La araña negra", una diatriba contra la organización fanática y, a la vez, calculadora que se colocó a la vanguardia del catolicismo, amenazando de muerte por el libre examen.

El precedente literario de "La araña negra" es, naturalmente, "El judío errante", de Eugenio Sué. En la juventud tumultuosa de Blasco Ibáñez se advierten las influencias de las lecturas extranjeras, sobre todo francesas; pero se explica y se disculpa este achaque, que, más tarde, glosara en numerosos artículos periodísticos, demostrando que los grandes escritores mundiales pagaron un tributo más o menos cuantioso a la tiranía del precedente, que, en ocasiones, se aproximó al plagio descarado.

El morbo social de la Compañía de Jesús le aspiró España largamente y sorbió su veneno. El jesuitismo se integra en la vida española, y desde las Residencias de la Compañía ascendió al Trono, pasó por la Magistratura, saturó a parte del Ejército y maquinó invisible y tácito por doquier.

En otras naciones vitalizadas por los principios regalistas, a pretexto de fortalecer las prerrogativas de los reyes, contuvieron las intromisiones jesuíticas. Más tarde, los violentos preceptos de la revolución francesa construyeron un dique laico contra el que se estrelló la religión de Loyola.

Blasco Ibáñez, que en política no alcanzó a sentir las inquietudes actuales, se ofrecía, no obstante, como una magnífica figura revolucionaria a la manera de los agitadores del 89 al 95, que llenan el Panteón francés.

La textura laica de su espíritu la tenemos que ver como una convicción rectilínea, y lo condujo por la lógica de los principios a una actitud anticlerical irreductible.

"La araña negra" cumple una etapa aguda de estos sentimientos anticlericales, anticatólicos, y la escribió con aliento proselitista. Escogió la estructura novelesca con el fin de acercarse a la sensibilidad popular. La trama, maravillosamente tejida, mezcla los episodios políticos con los eróticos; el pintoresquismo romántico del París de entonces y lo castizo de la vida de Madrid de Fernando VII y de Isabel II, sobre una cálida oleada ideológica y sentimental.

Imitando a Eugenio Sué, basa el argumento en la persecución que la Compañía hace objeto a una familia adine-

rada, y no aproxima a la articulación metódica de los planes jesuíticos, a través de las tres generaciones, hasta lograr ingresar, por medios criminales, el patrimonio en sus arcas para mayor gloria de Dios.

Señalada esta familia por el índice cargado de presagios de la Compañía, lucha con lo que pudiera sospecharse la arcaica fatalidad, cuando es una persecución fatídica, perfectamente tramada.

En esta familia, por el imperativo del amor, se introducen hombres, que Blasco Ibáñez silueta con nobles características de temperamento y condición, los que pagan también de modo catastrófico la "jettatura" que pesa sobre sus individuos.

El formidable escritor valenciano nos sumerge en el horror dramático de los métodos jesuíticos, hasta el acabamiento y extinción total de las personas que obstaculizan sus combinaciones.

La Compañía hizo perfectamente retirar de la circulación y hurtar a la curiosidad "La araña negra", formidable alegato contra sus métodos rapaces frente a la sociedad descuidada.

Entre los muchos actos que tiene Blasco Ibáñez en su haber para merecer la gratitud de los pueblos, está su proteica lucha con la Compañía de Jesús.

Carmelo-Augusto Bermúdez



LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

Un glorioso escritor, que ha sido siempre un anticlerical fervoroso, Eduardo Zamacois, escribe el domingo en "La Libertad":

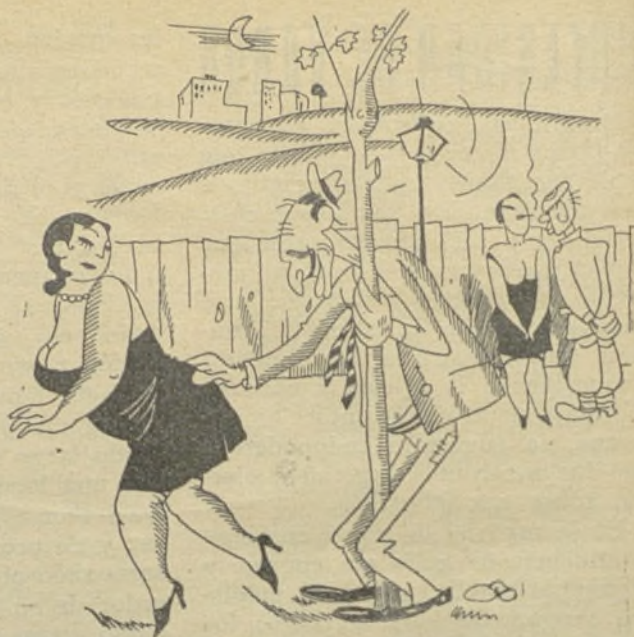
"La enseñanza religiosa son los mismos padres quienes han de dársela a sus hijos, si tal es su gusto; y si por sus muchas ocupaciones no pudieran hacerlo, que se cuide de ello el cura. El maestro, no.

En la ocasión presente el Gobierno, si no quiere defraudar a cuantos tenemos puesta en él nuestra confianza, necesita "ordenar" y no "consultar"; y afirmamos que la consulta huelga, porque en España hay varios millones de padres de familia que no saben escribir ni leer, y todo analfabeto, por viejo que sea, es un "menor de edad", un inconsciente, a quien sería perfectamente absurdo tomar parecer.

Si el señor Llopió no vuelve de su acuerdo sucederá lo siguiente: que el sacerdote, desde el confesionario, aconsejará a la mujer lo que debe hacer, para que ella, a su vez, se lo diga al marido, y éste al maestro; por cuyo sencillo procedimiento la escuela continuará al servicio y devoción de la Iglesia.

Entre nosotros "la costumbre" tiene más fuerza que la ley, y es tal nuestra congénita inclinación a la quietud, que—según el refrán enseña—preferir es un mal conocido a un bien inseguro."

¡El señor Llopió!... ¡El señor Llopió!... ¡Cuidado con el señor Llopió, querido ministro!



Dicen que Alfonso ha dormido en la cárcel de Londres una noche. ¿Por qué ha sido? A Baco o a Venus pido la pronta contestación.

Los conventos quemados y los conventos no quemados

En el próximo número comenzará a publicar FRAY LAZO una información muy interesante: el mapa conventual de España.

Lo iniciaremos partiendo de Madrid—con expresión de los edificios que fueron quemados en abril—, y cuando, al cabo, la relación madrileña de comunidades fine, la seguiremos en las demás ciudades.

Será una información que mostrará al lector muy expresivamente la influencia y la dominación a que se ve sometido el país por las órdenes monásticas, que, sojuzgando conciencias e intereses, llegan con facilidad, a que ayude el número, a crear esos estados de "ciudad comida por el clero", que nos muestra con fidelidad de fotógrafo Ramiro de Maeztu.

Recomendamos al lector que colecciona el mapa conventual de España, porque, en definitiva, poseerá un documento que no se ha publicado nunca, y sobre el que en ninguna parte, ni siquiera en el Ministerio de Gracia y Justicia, hay posibilidad de obtener noticias.

SEÑORAS:

Productos Marisa

Preparación para Carteros

Academia Fernández Saras. Especializada en la preparación para ingreso en Correos.—Duque de Alba, 9.

NECESITAMOS

en diversas poblaciones agentes activos y serios para la venta de artículo acreditado, al contado y a plazos. Unión de Centros Fabriles. Apartado 139, SAN SEBASTIAN.

PASADOS DIEZ AÑOS

(Noticias anticipadas de FRAY LAZO)

20 Agosto 1941

El austero abogado don José Serrán ha dirigido un escrito al fiscal general doña Margarita Nelken, solicitando la excarcelación de su cliente don Angel Galarza, que, como es sabido, se encuentra detenido, aunque sin procesar, desde hace diez años.

Se anuncia que en el próximo período parlamentario un diputado, que probablemente será el ex ministro señor Azaña, dirigirá una pregunta al Gobierno, a fin de obligarle a que explique al país los motivos en que se funda para haber habilitado el Alcázar de Toledo como prisión del general Sanjurjo, haciendo de éste un preso de excepción, contra todo principio democrático.

Como se recordará, cuando en 1931 el Gobierno provisional adoptó con el general Berenguer, de triste recordación, un procedimiento semejante—cosa a que no habían llegado en sus desmandamientos los ministros de la dominación borbónica—, con la natural sorpresa por parte del país expectante, ningún diputado realizó un acto parecido al que ahora se atribuye al designio del señor Azaña.

El ministro de Hacienda, don Indalecio Prieto, dijo esta mañana a los periodistas que regresaba en aquel momento de la reunión que habían celebrado la U. G. T. y el P. S., y que, a propuesta suya, se había acordado celebrar con un acto público, que probablemente será un gran banquete nacional, el haberse cumplido diez años de la consecuente colaboración que los socialistas vienen prestando al Gobierno, con la participación de sus hombres en todos los que se han formado en este período de tiempo.

—Fui—añadió el señor Prieto—el único ministro del Gobierno provisional que habló de abandonarlo; pero luego los acontecimientos se sucedieron de tal manera que, mientras algunos de mis compañeros de aquellos días murieron, otros están en la cárcel, varios vagan por ahí, alguno tan lamentablemente como el pobre Casares Quiroga, a quien, si encuentro medio legal, colocaré como portero en uno de los varios Museos del Estado, yo aquí continúo, con resignación, para tirar otros diez añitos.

—La verdad es—dijo un informador—que ya debe usted considerar como cosas suyas la casa... y la peseta.

El señor Prieto replicó:

—La casa, ¡figúrense ustedes!... Soy ministro desde el 14 de abril del 31, y desde primeros de octubre de aquel mismo año, que instalé aquí mi domicilio particular, aquí vivo. En cuanto a la peseta... Por su alusión a la peseta entraña ironía—continuó el ministro con viveza, después de haberse detenido un momento—, recordaré a usted, y al país, que ser ministro me ha costado muchos miles, quizá millones de pesetas. Antes de entrar en esta casa yo era hombre bien relacionado y con una amplia red de negocios. Cuando llegué aquí renuncié a amigos y a negocios, y no he tenido desde entonces otros ingresos que los de mi sueldo de ministro, que en los primeros años, como saben ustedes, eran una porquería, apenas la quinta parte que ahora...

El ministro de Hacienda se interrumpió para obsequiar a los reporteros con unos habanos que, según dijo, le había enviado el señor March, y ya despidiéndose les dijo:

—Yo, señores, he hecho en el cargo lo que he podido; todo lo que he podido.

—Y con ello—asintió un informador—ha dado usted ocasión a España para que demuestre ante el mundo su capacidad de resistencia.

El batallador periodista señor Cánovas Cervantes llama en un artículo al ex ministro señor Albornoz "el Montero Ríos de la República".

"Se acatarra como él—escribe—cuando le conviene; utiliza como él su influencia política en favor de parientes y colaterales, y así, su yerno es diputado y subsecretario; un cuñado, diputado y gobernador del Banco; su secretario, diputado y director general; un sobrino, diputado y secretario del Congreso, y siete parientes más, todos diputados."

Como a otros periodistas, nos ha dirigido un atento E. L. M. anunciándonos que ha sido nombrado "maitre d'hôtel" del Palace el señor Nicolau d'Oller, que, casualmente, figuró como ministro en el Gobierno provisional de 1931.

Esta madrugada fué sorprendido por unos guardias, cuando rociaba con gasolina la puerta de la sucursal de Teléfonos de la calle de Hermosilla, un individuo llamado Víctor Pradera, al que se encontró un carnet del Socorro Rojo.



EL CATOLICO INCONDICIONAL

—¿Cómo estás, hijo?
—A su disposición, padre.
—¿Y la señora?
—También a su disposición, padre.

EDITORIAL REPUBLICA

comenzará a publicar en breve la gran Revista semanal

MI VIDA

tomo de 64 páginas, que publicará en cada número, escrita por el biografiado en forma novelesca, la vida de una figura popular de la Revolución. Su nacimiento, su infancia, su adolescencia, etc.



Los primeros números estarán escritos por

Marcelino Domingo
Manuel Azaña
Angel Pestaña

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

EL VOTO SAGRADO

Tres aldeanos montañeses, que veían amenazadas por la sequía sus cosechas de maíz, decidieron ir en peregrinación a la ermita del Santo Cristo del Valle, acompañados de sus respectivas mujeres, con el piadoso objeto de implorar de la milagrosa imagen protección para sus campos.

Para que el ruego fuese mejor atendido, y poniéndose a tono con la corte celestial, confortaron sus espíritus con el sacramento de la comunión e hicieron voto sagrado y solemne promesa de que durante todo el viaje y en los días que durase la peregrinación abstendríanse los tres en dormir con sus mujeres.

Semejante continencia no fué muy del agrado de las esposas; pero ¿qué remedio tenían ellas sino era respetar el voto de sus maridos?

Sucedió que la primera noche de caminata llegaron a un mesón; pidieron de cenar bueno y en abundancia, y repuestas las fuerzas con lo sabroso de los guisotes y con el calorillo del de la tierra, las mujeres, no de muy buena gana, dieron las buenas noches a sus maridos y fueron a recogerse en una amplia habitación en la que de antemano hicieron preparar tres camas. Los maridos, cumpliendo su voto, se quedaron de sobremesa buscando en los placeres de la bebida la natural compensación; pero el diablo, que todo lo enreda, hizo que aquella noche se encontraran cenando en el mismo mesón tres sargentos del próximo campamento militar, que, aprovechando las horas de descanso hasta el toque de diana, habían decidido cenar juntos.

Como gente alegre y avisada comprendieron en seguida que aquellas tres mujeres dormirían solas, pues de no ser así se hubiera hecho instalar cada matrimonio por separado; y así que vieron a los tres maridos completamente entregados a Baco, echaron mano de la estrategia y se retiraron a una habitación próxima a la de las mujeres. Desde ella pudieron observar que los maridos se retiraban dando tumbos y entraban en otro cuarto en el que también había tres camas. ¡Ya no había duda! ¡La retirada del enemigo era un hecho! Y desnudándose rápidamente cuando creyeron a las mujeres dormidas, y después de darse el "santo y seña" como buenos militares uno tras otro, de puntillas, a oscuras y sin hacer el menor ruido, penetraron en la alcoba de las tres, que, sin duda con la esperanza de que algún marido se arrepintiese del voto, dejaron sin echar la llave.

La consigna de los sargentos era

no hablar ni una palabra y responder a todo ¡chiiist!, como imponiendo silencio.

Conocido el supuesto táctico comenzó el ataque.

—¿Pero qué es esto? — preguntó muy bajo una de las mujeres medio dormida.

—¡Chiiist! — siseó un sargento.

—¿Pero has olvidado el voto? — decía otra mujer.

—¡Chiiist! — replicaba otro sargento.

—¡Pero José Manuel!... ¡José Manuel!...

—¡Chiiist! ¡Chiiist!

Y con tanto chiiist, chiiist parecía la alcoba un enjambre de mosquitos. Lo cierto es que ninguna insistía en hablar por miedo a ser oída por sus compañeras.

Cuando las mujeres volvieron a quedarse dormidas, los tres sargentos, que veían ya próximo el toque de diana en el campamento, salieron con las mismas precauciones con que entraron. Nadie se enteró del suceso, y como si nada hubiera pasado.

Pero despertaron las mujeres, y al verse abandonadas de nuevo se consultaron, confesaron lo ocurrido y las tres convinieron en que cada una, y en secreto por lo visto, había recibido la visita de su marido. Decidieron hablarles claro, y puesto que cada uno, por su parte, había faltado al voto sagrado, conseguir que renunciaran a él en lo sucesivo y siguieran haciendo la vida natural como era su deber.

Llegaron las tres mujeres al dormitorio de los maridos, que continuaban aún en la cama, y exclamaron en tono de broma:

—¡Buenos días, dormilones! ¿Es hora ya de levantarse?...

—¡Dejadnos dormir! — dijo uno de los maridos, malhumorado.

—¡Eso, dejadnos dormir!

—¡Claro, tenéis mucho sueño! — replicó su mujer. — ¡Después de la noche pasada faltando al voto!...

—¿A qué voto? — añadió el primero.

—Al que hicisteis los tres al Santo Cristo del Valle, de no dormir con vuestras mujeres.

—¿Y quién ha dormido con nuestras mujeres? — añadió el segundo marido.

—¡Tiene gracia! — dijo su mujer. — Pues nosotros, cada uno con la suya, ¿quién iba a ser?

—¿Yo? — gritó uno sorprendido.

—¿Yo?

—Sí, hombre, sí; no hay para qué disimular. ¡Lo sabemos ya!

El asombro de los maridos fué terrible al comprender que habían sido suplantados sin sospecharlo sus mujeres, y ya iban a lanzarse sobre ellas y armar una trapatiesta del demonio, cuando José Manuel, el tercer marido, hombre astuto, que había sido demandadero en un convento de jesuitas, exclamó fingiendo una carcajada:

—¡Eh, ya que lo sabéis todo, no hay para qué negarlo! Hemos sido nosotros que quisimos ocultarnos unos a otros el haber faltado al voto. Desde hoy seguiremos haciendo nuestra vida de siempre. Levantamos la promesa y el Santo Cristo del Valle nos lo perdonará.

Los otros dos maridos se quedaron con la boca abierta al escuchar estas palabras, sin comprender lo que ello significaba, y cuando llenas de alegría se retiraron las mujeres ante la promesa solemne de José Manuel les dijo éste a sus desgraciados amigos:

—¡Animales! ¿No estáis viendo que nos han suplantado esta noche? Pero dad gracias al Santo Cristo del Valle porque ellas no lo han notado. Hagámoslas creer que hemos sido nosotros y rompamos el voto. ¡Pues si ellas supieran que ha habido "sustituto", una vez empezado el queso cualquiera las detiene!...

Roque de Mlora

Oposiciones al Banco de España

Convocadas 200 plazas. No se exige título. Programa oficial que regalamos, "Con testaciones completas" y preparación con profesorado del Banco, en el "INSTITUTO REUS", PRECIADOS, 23 y PUERTA DEL SOL, 13, MADRID. Última oposición obtuvimos para 32 preparados 25 plazas verdad, cuyos nombres figuran en el prospecto que regalamos.

CALLOS

Juanetes, ojos de gallo, verrugas y durezas desaparecen en tres días usando el patentado "Ungüento Mágico"

En todas partes: 1,60 pesetas. Por correo: 2 pesetas. Farmacia Puerto. Plaza San Ildefonso, 4. MADRID

FARMACIA AMERICANA

La más acreditada de Madrid

Especialidades nacionales y extranjeras — Laboratorio propio

Carrera de San Jerónimo, 1. - Teléfono 13870. - MADRID

Ingenieros de caminos
Ingenieros industriales

HAY INTERNADO
Plaza de la Lealtad, 4
MADRID

ACADEMIA KRAHE

¡HAY QUE ENSEÑAR LOS PAPELES!

Don Ramón del Valle-Inclán ha sido siempre hombre de tertulia. Entre sus cualidades de ciudadano superior, tiene la debilidad de que le agrada perder un par de horas en la "cacharrería" del Ateneo o junto a la mesa de algún café, y allí donde él esté acuden, rodeándole, admiradores, que, más que a hablar, van a escucharle. Son literatos, pintores, algún actor.

En cierto tiempo acudió a la tertulia de Valle-Inclán un hombre pequeño, expansivo, dominador, que, en pie, cuando los demás estaban sentados; en el centro de todos, cuando estaban en pie, hablaba, hablaba siempre él, de lo divino y lo humano, en términos descoyuntados. Unos, creían que era amigo de don Ramón; otros, le suponían aportado por tal o cual de los habituales, y así, en definitiva, el entrometido hombrecillo, que, en verdad, a nadie conocía, obtenía la tolerancia de todos.

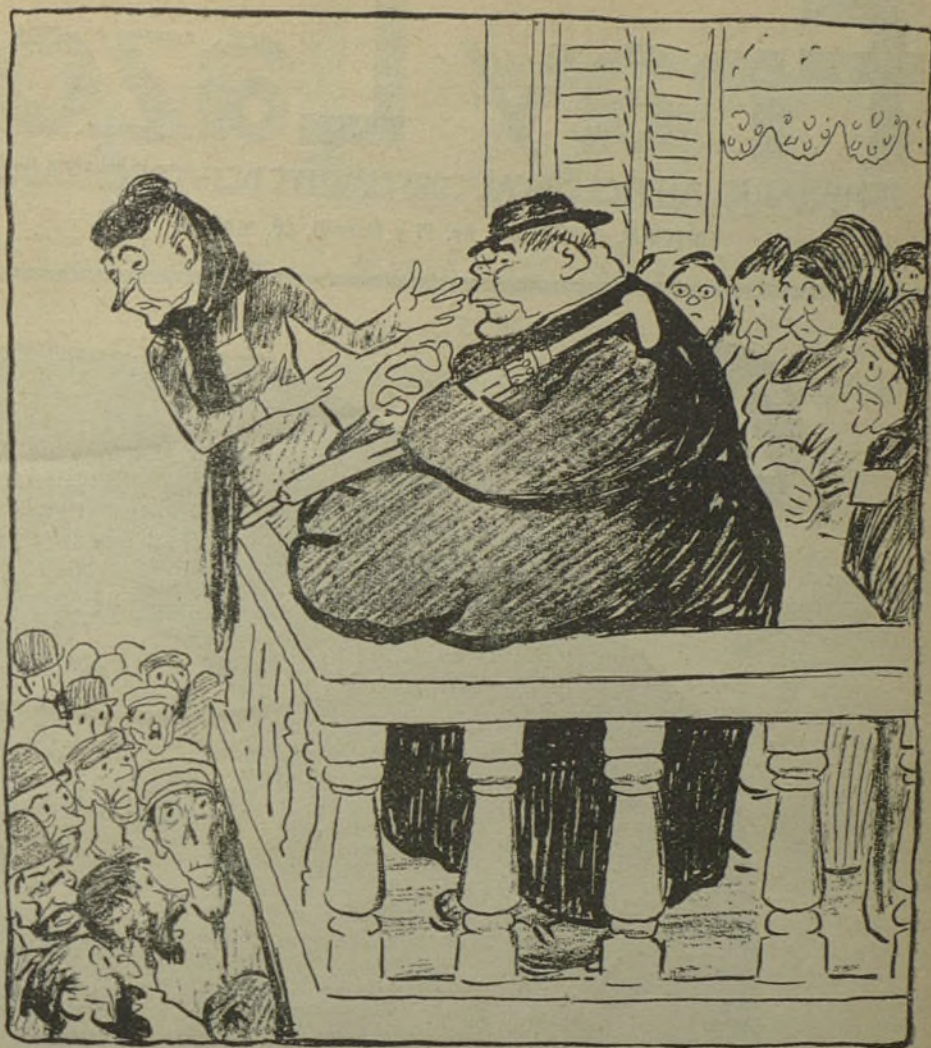
Cierta vez en que Valle-Inclán, rodeado de sus amigos, sentados ante la mesa de un café, hablaba de su coterriáneo Zebedeo, pescador de Galicia, padre de Juan el Evangelista, el entrometido se puso en pie y comenzó a decir tonterías. Don Ramón, prudente, se interrumpió cuatro o cinco veces para escucharle, mientras le contemplaba compasivo. Pero, al cabo, como la pertinencia del necio llegase a la expansión avasalladora de no dejarle hablar, don Ramón se alzó en pie, extendió su brazo único para coger uno de los del hombrecillo, y, zarandeándole, dijo con cólera:

—¡Eh, amigo!... ¡Arriba las manos! ¿Usted quién es? ¿De dónde ha salido? ¿Qué ha hecho de bueno o de malo antes de ahora? Para hablar aquí, para tener puesto entre nosotros, ¡hay que enseñar los papeles!

Ante la intromisión de tanto sinvergüenza, monárquico de ayer, en las filas de la República, con tolerancia por parte de los jefes de los partidos que asombra al pueblo y apenas a los verdaderos republicanos, FRAY LAZO grita, como don Ramón del Valle-Inclán:

—¡Eh, amigos!... ¡Arriba las manos! ¿Ustedes quiénes son? ¿De dónde han salido? ¿Qué han hecho de bueno o de malo antes de ahora? Para poder llamarse republicano, para formar en la República, ¡hay que enseñar los papeles!

Requerimos a toda España, a los españoles todos, para que colaboren con nosotros en esta obra de purificación republicana. Con toda complacencia acogeremos y divulgaremos, como sanción a su falta



!!! ECCE-HOMO!!!

—Su contrafigura en la tierra.

de pudor, cuantas noticias se nos fuciliten sobre los antecedentes, exclusivamente políticos, de todos estos aventureros de la política, y aun de la vida, que ayer se llamaron upetistas, con la misma ambición desprecupada que anteayer se dijeron romanonistas o mauristas y hoy se dicen republicanos o socialistas para conseguir ser alcaldes, presidentes de Diputación, diputados y hasta subsecretarios. No será menester que advirtamos a nuestros informadores presuntos que su propia solvencia moral nos importa como la autenticidad de sus referencias.

Al advenir la República debió ser preocupación primera de los dirigentes de los partidos contener intromisiones perjudiciales. Pero admitieron a quien se les presentó, sin conocer de sus antecedentes, como se hace en tiempo de guerra en ciertas legiones militares. Pensaban, tal vez, que el hombre rechazado por un partido sería admitido por otro, y que, en definitiva, las batallas políticas, como las milita-

res, no las gana el programa, sino el número...

Lo que no hicieron a su tiempo los republicanos principales, pensando en el interés de partido antes que en el interés de la República, hagámoslo ahora los republicanos sencillos, que, acaso por no tener partido, tenemos como supremo amor la República. Defendámosla; "deifiquémosla", como diría el Sr. Ossorio y Gallardo en uno de sus éxtasis peligrosos...



¡A Coria, a Coria!

Un periódico propone que se reduzcan solamente a cuatro grandes circunscripciones todas las diócesis en España.

Nosotros, naturalmente, somos más radicales.

Creemos que deben suprimirse todas las diócesis, erigirse en Patriarcado independiente el obispado de Coria, y otorgar tan elevado puesto al Sr. Prieto.

Con ello ahorraríamos al país varios obispos y un ministro que daña como varios.

Fray Lazo

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, España 3 ptas.

Año..... 10 »

Año, Extranjero.. 15 »

SOLICÍTENSE
TARIFAS DE ANUNCIOS

SEMANARIO ANTICLERICAL CORTESMENTE DESVERGONZADO

EDITORIAL REPÚBLICA. Av. Pí y Margall, 18. MADRID

25
ct



—Con la ayuda de Dios... y el Gobierno, vamos pasando el verano.